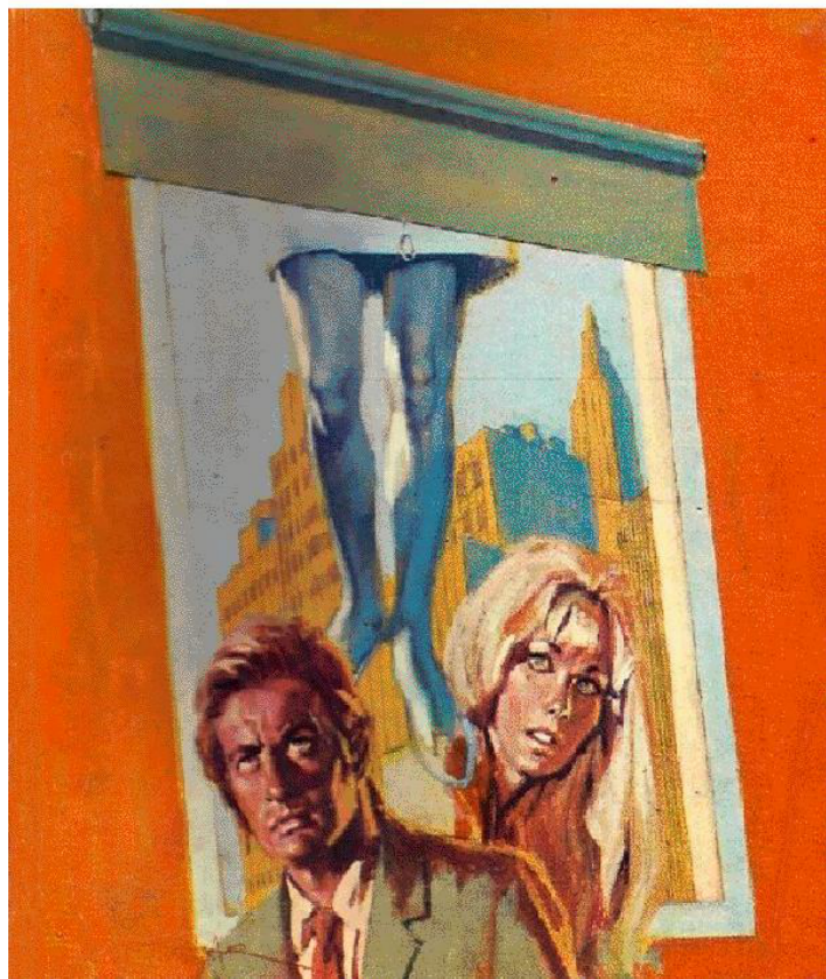




no preguntes la hora al muerto

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

**NO PREGUNTES
LA HORA AL MUERTO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 638
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 22.622 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1974

© SILVER KANE, 1974

texto

© ALBERTO PUJOLAR, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.244 — Todas murieron llorando.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

704 — Dos profesionales.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

594 — Entierro para un *gángster*.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

237 — Vendo mi cadáver.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CADENA

Todos los que hayan ido siguiendo, desde mediados de este año, las informaciones del *Washington Post* sabrán cómo empezó aquella cadena de sangre. Todos los que ligaron unos sucesos con otros y se dieron cuenta de que aquello no podía ser casualidad, advirtieron que allí había algo muy extraño, que allí estaba quizá la mano del diablo. Yo fui uno de los que pensaron que me volvería loco, uno de los que imaginaron que acababa de poner los pies en el reino del Más Allá.

Sí, todo empezó a mediados de año, cuando languidecían las flores de los cerezos del Potomac. Pero ustedes no me conocen aún, ni saben en qué siniestro mundo tengo que situar mi relato. Intentaré que me acompañen en él. Les juro que ha habido momentos en que no he sabido entrar sólo en ese mundo; momentos en que me he sentido absolutamente perdido en la niebla de mi propia locura.

Me llamo John Milton Craven y tengo veintitrés años. Hace poco fui repatriado desde el Vietnam, donde sufrí una herida grave. Claro, ustedes piensan que la guerra de Vietnam hace tiempo que terminó, al menos para las gentes de mi país, pero están equivocados en parte. No es casualidad que Le Duc Tho haya rechazado el Premio Nobel de la Paz. Le Duc Tho dijo, con mucha sensatez, que no podía aceptar el Nobel de la Paz porque la guerra seguía. Y sigue. Aún hay bastantes norteamericanos que trabajan allí en misiones especiales, y yo era uno de ellos. Trabajé con los que desmontaban los cohetes «Sam» para devolverlos a Estados Unidos, cuando una granada de mortero me dejó convertido en fosfatina los huesos de la pierna derecha. Estuve cuarenta días

enyesado hasta la cintura, oyendo la radio y leyendo el *Play-Boy* hasta que me metieron en un barco y me devolvieron a mi país. Me recibió un delegado del Gobierno, quien me dijo que iba a cobrar una pequeña pensión, y me recibió también mi madre, quien me dijo que papá estaba despedido de su trabajo y no había un dólar en casa. Era una situación difícil de solucionar por las buenas, y más teniendo la pierna hecha fosfatina, como ustedes comprenderán.

Entonces me metí en el mundo de Tony Adams.

Les hablaré brevemente de él.

Tony Adams vivía en el centro de un círculo de horror, pero yo no lo sabía aún. Me empecé a dar cuenta la noche en que le acompañé al *Washington Post* por primera vez.

Entonces supe lo que era vivir en la misma muerte.

Pero permítanme que empiece por el principio, por la amarga historia de un joven que busca trabajo. Y no crean que es fácil hallarlo en ese supuesto paraíso de la prosperidad que es Estados Unidos, sobre todo para un hombre como yo, que era periodista y quería trabajar en un periódico. Todos los periódicos están llenos, ya lo pueden imaginar ustedes. Están llenos de hombres que cobran poco, pero que no tienen nada más y se aferran a sus puestos. Para tratar de conseguir algo, fui a ver a Tony Adams.

¿Que quién es Tony Adams, mejor dicho quién era?

Los lectores del *Washington Post* recordarán que pocos hombres como él han conocido el mundo de la delincuencia, en Estados Unidos. Lo conocía tan bien, que estaba en situación de comprometer a mucha gente y, de hecho, la comprometió. Hizo lo que hubiera hecho un ciudadano honrado, y tuvo el premio que los ciudadanos honrados tienen. Una noche apareció su esposa, asesinada, después de haber sido violada varias veces. Se dijo que habían sido los «torpedos» de Sammy Müller, gravemente comprometido por las investigaciones de Tony Adams, pero eso no pudo probarse. Fue un día después, cuando por casualidad yo entré en la vida de aquel hombre.

Les hablo de la época anterior a mi destino en el Vietnam.

Volvía a Washington desde la Universidad, cuando distinguí una ambulancia que cruzaba a gran velocidad por detrás del Memorial Lincoln. Como yo ya era prácticamente periodista y me habían dicho que me entrenara buscando noticias, la seguí. Uno nunca sabe

lo que puede haber detrás de una ambulancia que trata desesperadamente de ganar minutos al tráfico. ¿Un vulgar accidente de trabajo? ¿Un crimen? ¿Quién sabe si el propio presidente Nixon que se ha cortado las venas?

Absurdo, dirán ustedes.

No, no. La experiencia me ha demostrado que nada hay absurdo en este país, por lo que decidí seguirla. Y así fue como entré en la vida de Tony Adams y en su extraño círculo de horror.

En las puertas del hospital me cerraron el paso, pero alguien advirtió, entonces, por radioteléfono, que necesitarían algún donante de sangre para el hombre que iba en la ambulancia. Tenía un tipo poco frecuente y las reservas del hospital quizá resultarían escasas. De modo que me ofrecí. Mi sangre resultó buena y me situaron en una cama, al lado de otra en la que agonizaba Tony Adams.

Resultó que había intentado suicidarse al conocer la horrible muerte de su esposa. Los cortes que se había hecho en las venas, resultaban atroces. Había perdido tanta sangre que los médicos dudaban de poder sacarlo de allí si no era con los pies por delante.

En fin, abreviaré. Gracias a mí, se salvó Tony Adams. Más tarde quiso darme las gracias, pero no me presenté. Me pareció ridículo recibir plácemes por una cosa que era de simple humanidad. Aparte de eso, él podía pensar que yo lo había hecho para obtener un puesto en el *Washington Post* gracias a su influencia, cosa de la cual me hubiese avergonzado.

Pero quizá ya sepan ustedes, por desgracia, que un hombre no puede mantener hasta el fin su dignidad. Dos años después, cuando regresé de Vietnam y me encontré herido, sin trabajo y teniendo que mantener a mis padres, me acordé de Tony Adams. De modo que fui a Washington a ver si me podía echar una mano. No era poner precio a mi sangre, compréndanlo. Era que no tenía nadie más a quien pedir ayuda.

Me recibió muy bien. Tony Adams tenía, entonces, cuarenta años, pero estaba terriblemente avejentado.

Creo que la muerte de su mujer, diez años más joven que él, le trastornó por completo. Dudo que estuviera muy en sus cabales. A veces decía que la veía a través de las ventanas y, que incluso le enviaba mensajes por teléfono.

Se había convertido en un visionario.

Cuando se enteró de lo que me pasaba, se ofreció en seguida a presentarme en el *Washington Post*. Eso no significaba gran cosa, pero, al menos, me conocerían en la redacción. ¿Quién sabe si podrían encargarme algún pequeño trabajo?

Desde su casa de las afueras, fuimos al centro de la capital. Antes de salir, me preguntó si llevaba coche.

—No. Como tengo la pierna casi inútil, de momento, me han retirado el permiso de conducir. He venido en un taxi —contesté.

—Yo también he tenido problemas con mi permiso de conducir —dijo él—, pero por el momento lo conservo. Parece que las leyes van a ser ahora bastante severas con los hombres como yo.

—¿Los hombres como usted...?

—No tiene importancia —se apresuró a decir—. Iremos en mi coche. Mira, ahí lo tienes. Sube.

Estábamos en su garaje. Había en él un «Pontiac» azul, un poco pasado de moda. No hice ningún comentario, pero no me causó ninguna gracia que hubiera un tío en el asiento de atrás, seguramente un guardaespaldas.

—¿Corre peligro? —le pregunté mientras arrancaba.

—¿Por qué?

—Por ése —bisbiseé.

—Ah... Ése... No te preocupes, no tiene importancia.

Arrancamos con suavidad. Nunca he visto un fulano más silencioso que el que teníamos detrás nuestro, con el sombrero metido hasta las orejas. Como guardaespaldas discreto, desde luego, no tenía precio. Pareció no enterarse siquiera de que estábamos allí, aunque yo pensé que habría sabido saltar como un tigre, en caso de peligro.

A la hora en que Tony Adams empezaba a trabajar, había ya poca circulación en Washington, de modo que llegamos sin dificultad al periódico. Bajamos por la rampa del aparcamiento. Yo me volví un poco y apoyé la mano en el respaldo del asiento.

Fue entonces cuando lo noté.

La frente helada.

Las facciones terriblemente rígidas.

Por primera vez en aquella maldita aventura, sentí el frío de la muerte. Lancé una especie de gemido causado, no por el miedo,

sino por la sorpresa que me dominaba. Entonces me di cuenta.

La cinta que sujetaba al «guardaespaldas» al asiento posterior, acababa de romperse y su cuerpo se había deslizado hacia delante.

¡Estaba muerto!

¡Llevaba muerto, al menos un día!

¡Y Tony Adams lo llevaba allí, detrás de su cabeza, como si tal cosa! ¡Tony Adams era un hombre que transportaba muertos!

¡Los metía, como pasajeros en su coche!

Ése fue el primer cadáver con el que me tropecé. Ése fue el principio de todo.

CAPÍTULO II

LA LEJANA AMENAZA

Cuando Tony Adams me pidió que fuera a una de las salas de visita del periódico como si no hubiese ocurrido nada, yo estaba completamente trastornado aún. Si en aquel momento me hubiesen pinchado, no me habrían sacado sangre. Pero la tranquilidad de aquel hombre me dejaba tan anonadado, que no supe decir ni una palabra.

Mientras estaba en la sala de visitas, Tony Adams me puso delante de los ojos unos cuantos números atrasados del *Washington Post*.

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? —preguntó.

—Dos años. Aunque, yo..., bueno, yo entonces le vi a usted, pero usted a mí no, porque estaba sin sentido. Ya se lo he dicho.

—Dos años... ¿Has estado todo ese tiempo en Vietnam?

—Sí. Y en las bases aéreas de Tailandia. Siempre en misiones técnicas.

—Por lo tanto, te has enterado de pocas cosas de las que pasaban aquí, ¿verdad?

—De pocas.

—¿Te enteraste del brutal asesinato de mi mujer?

—Oh, de eso sí, claro... Precisamente cuando le conocí, usted había estado a punto de suicidarse por esa razón. Fue antes de que me destinaran a Asia.

El sonrió con pesadumbre. Todos aquellos recuerdos le abrumaban, sin duda, pero seguía conservando una glacial serenidad. Me preguntó si sabía quiénes habían sido los asquerosos asesinos de su mujer.

—¿Cómo voy a saberlo? Se hablaba de gente pagada por Sammy

Müller, contra el que usted tenía pruebas. Supongo que con eso quiso intimidarle para que no se metiera en sus asuntos. ¿Es cierto?

Afirmó con la cabeza.

—Lo hicieron por eso, pero de todos modos no me intimidé —dijo—. Usted no sabe eso, porque estaba fuera del país y supongo que no recibiría los periódicos todos los días. Pero me metí en sus asuntos con todas las consecuencias, puesto que ya nada tenía que perder. Hice dos o tres denuncias formales; no recuerdo. Pero le absolvieron de todos los juicios.

«Era una vieja y repetida historia, había que reconocerlo —pensé—. La ley está hecha de tal modo, que castiga demasiado a los delincuentes tontos y a los cuatro desgraciados que no saben dónde caerse muertos, mientras permite que se escapen los criminales de altura. La Enmienda Quinta de la Constitución, la que le permite a uno no contestar nada a preguntas que puedan perjudicarlo, es una gran defensa para los inocentes, pero también es un gran hallazgo para los culpables. Tony Adams me confesó que los tiros habían ido por ahí, y que su fracaso había sido rotundo. Sammy Müller siempre absuelto...»

—Por lo tanto, no pudo hacer nada para vengar a su esposa... —musité.

—Nada... Absolutamente nada.

—¿Pero usted tiene la total seguridad de que Sammy Müller fue quien ordenó su muerte?

—Claro que tengo la total seguridad. Y, por si no la tuviera, el propio Sammy Müller me lo confesó. Combinó las cosas, de modo que tuviéramos un encuentro dentro de un taxi en el centro de Greenwich Village, en Nueva York. El encuentro duró tres minutos exactos, pero a mí me parecieron tres eternidades. Tuvo el tiempo suficiente para decirme que lo de mi esposa había sido un aviso, pero que si seguía molestando la próxima víctima sería yo. O alguna persona a la que yo quisiese mucho. Tú sabes perfectamente en qué consisten los negocios de Sammy Müller.

—Sí —dije—, en general, sí. Distribuye drogas; vende armas a ciertos países africanos; financia pequeñas revoluciones y golpes de Estado, y posee exclusivas de minas y de transportes, lo mismo en Sicilia que en la República de Malí. Es una de las grandes potencias económicas de este país. Además, está apoyado por un grupo

político ultraconservador que pretende situarle en un gran puesto político. Realmente, Sammy Müller tiene demasiadas cosas que perder si un día un juez decidiera meterlo entre rejas. Comprendo que se defienda con las uñas.

—Estás bien informado, Craven —murmuró—. No todo el mundo sabe la retahíla del modo que tú la has dicho. Pues bien, entonces fracasé, pero estoy dispuesto a no fracasar ahora.

Y me mostró uno de los ejemplares atrasados del *Washington Post* que había traído consigo.

La noticia estaba en la primera página:

«Asesinato de Ludmila Barnes.

»Se dice que la famosa escritora, especialista en temas de política interior, preparaba un libro sobre las actividades de Sammy Müller».

—Yo fui el que tituló la noticia de esa manera, de modo que le pudiera hacer más daño a Sammy Müller, pero no falté a la verdad —explicó—. En efecto, esa mujer estaba escribiendo un libro en el que debía decir cosas muy comprometedoras sobre Müller, porque el texto desapareció después del asesinato. La muerte de esa escritora fue particularmente brutal. La bañaron materialmente en ácido sulfúrico.

Sentí un estremecimiento.

Aquel mundo en que me estaba metiendo, me desconcertaba. La verdad, había pensado que ciertos aspectos de esa profesión que consiste en meterse en la vida de la gente, eran menos peligrosos. Noté que Adams había estado en contacto constante con la muerte desde que vio el cadáver bestialmente ultrajado de su mujer. Noté también que había algo de extraño en él. Quizá su cabeza no regía bien; no era un hombre normal, puesto que le dominaba una idea fija.

Continuó:

—Ese crimen se cometió hace menos de dos semanas. Fíjate en la fecha del periódico.

Y mira este otro.

Me mostró un ejemplar del *Washington Post* de cuatro días antes. El titular de primera plana decía:

«¿El imperio de Sammy Müller en peligro?

»Nuestro redactor jefe, Tony Adams, manifiesta tener un testigo que vio a Müller asesinar a Ludmila Barness, hace doce días.

»Oportunamente lo presentará al fiscal del distrito».

Yo quedé helado.

La verdad era que no había esperado aquello, y me extrañó de verdad no haberme enterado de la noticia cuando se publicó. Estaba en falso. Un aspirante a periodista, debe leer muchos periódicos, y yo no había leído aquello.

—Esto es lo que haré —dijo Adams—. Presentarlo al fiscal del distrito.

—¿Pero tiene usted ese testigo?

—Sí, claro que sí.

—¿Quién es?

Sonrió. Otra vez su sonrisa me pareció extraña, como la de un hombre que en este mundo ve colores y luces que los demás no podemos ver. Y estoy seguro de que Adams no se drogaba. Lo que le pasaba a Adams, era que llevaba la muerte metida en su cerebro y ya no podía librarse de ella. Creo que, incluso, caso de haberse apartado de aquella obsesión, ya no hubiera sido el mismo.

—¿Quién es? —retrucó—. ¿Cómo voy a decírtelo? No es que no me ríe del hombre que me salvó la vida una vez, pero dar ese nombre podría significar la muerte del testigo. Los brazos de la gente de Müller llegan a todas partes. También el fiscal del distrito me ha preguntado quién es. Y la policía. Y el director de este periódico. Y muchos curiosos. Mi teléfono no para de sonar, especialmente por las noches. Suena como una pesadilla. Suena hasta enloquecerme.

—Me temo que usted está enloquecido por otra cosa, Adams —dije, empezando a comprenderle.

—¿Por qué?

—Por el deseo de vengar a su mujer.

—No lo niego, pero es que, además, en este caso, resulta cierto que tengo un testigo. En cuanto el testigo hable, Müller y los suyos se irán al infierno. Pero he de buscar un sitio absolutamente seguro para él, y eso no se improvisa.

—Pida ayuda a la policía —sugerí.

—¿La policía? ¡Je, je...! ¿Quién se fía de un uniforme? ¿Serías tú capaz de decirme lo que hay debajo?

—No —reconocí—. Pero puede meter al testigo en la cárcel.

—La cárcel no es un sitio seguro. No, ni aunque al testigo lo incomunicasen. Hasta un guardián podría provocar un accidente si Müller le pagase medio millón de dólares.

—Pues entonces, ¿qué...?

—Esperaré —dijo—. No me queda más remedio que esperar, pero será por poco tiempo. Estoy a punto de hallar un refugio absolutamente seguro y al que las zarpas de Müller no podrán llegar. Necesito dos días, quizá tres. Pero los buitres de ese asesino ya se están moviendo. Quieren acorralarme antes.

—¿Quizá el cadáver del coche...? —musité.

Empezaba a entender.

Y les juro a ustedes que sentía un estremecimiento en la espina dorsal, pese a haber visto ya tantos horrores en mi corta vida.

Adams asintió.

—Era uno de mis mejores amigos —dijo—. Lo siento. El jamás tuvo ninguna culpa.

—¿Se lo... encontró en el coche?

—Sí. Ayer. Ya estaba muerto. Lo habían atado al asiento de atrás de mí «Pontiac», como si estuviera vivo. Era un aviso que yo no debía olvidar.

—¿Cómo es que..., que no había sangre? —musité.

—Porque emplearon un sistema de matar relativamente limpio —dijo.

—¿Qué sistema?

—Lo sujetaron entre varios y le inyectaron bencina, directamente en el corazón.

Tuve otra vez un estremecimiento.

La brutalidad de aquel mundo seguía estremeciéndome.

Con voz opaca, pregunté:

—Pero usted..., ¿por qué lo ha dejado allí durante veinticuatro horas?

—Por dos razones —me contestó tranquilamente.

—¿Dos...?

—Sí. La primera demostrar que no tengo miedo. Que ya no pueden causarme ningún daño después del que me causaron, y que,

por lo tanto, me es indiferente lo que hagan. La segunda razón consiste en que me han puesto en las manos un reportaje sensacional.

—¿Un reportaje?

—Sí. Yo habré llevado veinticuatro horas un muerto en mi coche, por todos los rincones de la ciudad. He obtenido muchas fotografías. Quiero preguntar a la gente si alguien lo notó. Nadie. Sólo tú, y además por un simple accidente. La insensibilidad y la falta de atención del público de este país, es ya total. Creo que el reportaje planteará muchos interrogantes y causará sensación. Pero no es eso lo que más me interesa, sino poder hundir a Sammy Müller.

Me pareció que lo veía todo de un color distinto. La ventana, que parecía muy lejana, la luna rielando sobre los tejados; los muebles funcionales que, de repente, tenían forma de animales hostiles... No lo sé. Juro que fue entonces cuando, de verdad, empecé a sentirme trasladado a otro mundo. Pero mi mente aún funcionaba muy bien, de modo que pregunté a Tony Adams.

—¿Se da cuenta de lo que le va a suceder?

—¿A mí?

—Sí, a usted. Parece que es usted sólo el que conoce el paradero de este testigo clave, ¿verdad?

—En efecto.

—Entonces, para Müller la solución es muy sencilla. Liquidarle a usted, y así cerrarte la boca para siempre. No podrá decir dónde está ese testigo. Y el testigo, probablemente, se negará a comparecer por sí mismo.

—Cierto. Tiene toda la razón, pero no es tan sencillo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, cierto banquero de la ciudad tiene depositado un sobre en lo más seguro de su caja fuerte. Lo deposité delante de un notario. Si algo me ocurre, el notario sacará el sobre y leerá lo que hay escrito en la hoja de papel que contiene.

—¿El nombre del testigo y modo de encontrarlo?

—Sí.

—Me temo que ello no le salve, Adams. Correrán el riesgo.

—Tampoco es tan fácil, amigo Craven. Yo soy un bicho fácil de matar, pero las salpicaduras de mi sangre llegarían a demasiados

sitios. Allí nombre suena en todo el país. Los periodistas formamos, a nuestro modo, una especie de mafia, de mafia honrada, se entiende. Si uno de nosotros es liquidado, no hay compañero, en el otro extremo del mundo, que no de la noticia y no quiera remover las aguas de la ciénaga. Se organizaría una auténtica campaña en todo el país. Si después de lo que he dicho de Müller, me encuentran muerto en cualquier sitio, será como si el propio Müller firmara el acta de acusación. No le salvaba ni el presidente del Supremo. Demasiado riesgo para que un bicho como él quiera correrlo.

—Pero siempre puede simularse un accidente —dije.

—No. Tampoco es fácil. Llevo demasiados años metido en esto, para no saber que son poquísimos los accidentes que se pueden simular. De las compañías de seguros he aprendido mucho. Müller tendría que afinar tanto, que le será imposible dar con la combinación ideal. Y sabiendo qué clase de accidente son los que pueden resultarle bien, me abstengo con todo cuidado de meterme en según qué sitios y hacer según qué cosas.

Eso es todo.

—¿De modo que cree que Müller no podrá matarle?

Dijo, rotundamente:

—No.

Me admiró su tranquilidad, aunque lo cierto es que esa tranquilidad sólo la tienen los hombres que no temen a la muerte. Tuve la oscura sensación de que Adams, incluso la deseaba. Pero de pronto, con uno de aquellos cambios de expresión que parecían ser típicos en él, me sonrió alentadoramente y me puso una mano en el hombro.

—Pero no hablemos de mis problemas, sino de los tuyos, muchacho. Voy a decirte la verdad: si no llega a ser porque te has dado cuenta de que llevábamos un muerto detrás, no te hubiese soltado el tremendo rollo de mis preocupaciones. Tú me has dicho que buscas trabajo como periodista, ¿no?

—Así es, señor.

—No me llames «señor». Aquí, en cuanto nos metemos en esta jaula, todos somos iguales. Verás... Cuando escriba el reportaje del cadáver y cite tu nombre, el asunto ya te dará cierta fama.

—¿Con eso habrá bastante? —pregunté, esperanzado.

—No. No seas ingenuo, muchacho. El director tiene que saber

qué clase de escritor eres. ¿Tú lo sabes?

—Pues..., pues creo que no soy malo —dije—, pero me falta experiencia. Si me dan una oportunidad...

—No te la darán. Bueno, no te la darán, de momento. Resulta inútil que le pidas al director ser tú el que informe, por ejemplo, de los debates en las Naciones Unidas. O incluso, de un simple accidente de tráfico, porque todo está acotado y distribuido. Pero hay un resquicio.

—¿Cuál? —pregunté.

—Un sistema para que demuestres al director que tú escribes bien, si es que realmente escribes bien. Verás... Hace tiempo se tuvo la idea de crear una sección de colaboraciones literarias, relativas a los bajos fondos de la capital. Algo que animara la sección de Sucesos. Esas colaboraciones pueden ir, desde un estudio sobre la distribución de la droga hasta un cuento inventado, pero que refleje muy bien los ambientes que al público le conviene conocer. Si tú publicas dos o tres trabajos de éstos, es seguro que el director se fijará en ti, caso de que valgas.

—¿Usted se ocuparía de que fueran publicados? —pregunté, sintiendo que ante mis ojos abría una puertecilla.

—Claro, pero antes tienes que escribirlos —me contestó, con una lógica elemental—. Mata al oso antes de vender su piel. Tendré que ver si son buenos. Y a poco que lo sean, te garantizo que se publican.

Cerré un momento los ojos.

Matar el oso... Bueno, escribir algo para el *Washington Post* podría parecer lo más sencillo del mundo a un inconsciente, sobre todo si cuenta con el apoyo del redactor jefe. Pero yo me daba cuenta de que no era así. Tenía que hacerlo, y además hacerlo, ahora. Buscar un buen tema, escribirlo y hacer que brillara. No se trataba de decir: «Voy a ser un gran escritor». Se trataba de serlo ya.

Tony Adams leyó mis pensamientos.

Con una sonrisa benévola, dijo:

—¿Asustado?

—Bueno... Después de dos años ausente no conozco muy bien los bajos fondos de Washington. Y con esta pata que llevo medio a rastras, no creo que pueda colarme en ellos con demasiada facilidad, ¿entiende?

—Claro que entiendo, Craven, y pienso que puedo ayudarte.

—¿Dice que puede...?

No me contestó. Extrajo de su cartera una cinta magnetofónica debidamente envasada.

Me la tendió.

—¿Qué es esto? ¿Las grabaciones de Watergate? —pregunté.

—¡Oh, no! No tienes tanta suerte. Se trata de una serie de ideas que he ido teniendo para esa sección, digamos que por pura casualidad. Yo siempre pienso, ¿sabes? Pienso y pienso como un obseso, desde que mi mujer murió. La veo a través de las ventanas. Hablo con ella. A veces, tengo ideas que me dan miedo.

Volví a estremecerme.

Otra vez tuve la sensación de encontrarme ante un hombre que, en cierto modo, no era de este mundo; que veía ya cosas del Más Allá.

Y me sentí incómodo.

Pero él dijo, mientras me ponía la cinta en las manos:

—Estas ideas son ahora tuyas. Están grabadas aquí. Escucha la primera y desarrolla un cuento con arreglo a los datos que contiene. Luego escucha la segunda y escribe otro. Hay tres o cuatro ideas, me parece. Pero no las escuches todas a la vez porque quizá te armes un pequeño lío y no sepas por cuál empezar. Más vale que oigas sólo la primera y te pongas manos a la obra. Luego la segunda, y así sucesivamente.

Le di las gracias, mientras guardaba aquella cinta magnetofónica. Me daba cuenta de lo mucho que podía significar para mí. Pensé ponerme a trabajar aquella misma noche. —Gracias, Adams— dije—. No le decepcionaré.

No sabía que jamás volvería a verle vivo. No sabía que, a partir de aquel momento, yo acababa de entrar en el mundo de los fantasmas.

La niebla llegaba del río, cuando yo regresé al centro de la ciudad.

Washington, con mayoría de población negra, estaba llena de hombres errabundos que parecían no ir a ninguna parte.

Uno de ellos, era yo. Pero no supe comprender que, en aquel momento, conmigo viajaba la muerte.

CAPÍTULO III

UNA VOZ DESCONOCIDA

Mientras me disponía a meterme de cabeza en el trabajo, me preparé un combinado suave y encendí un cigarrillo. Para que no tuviera que trabajar en mi casa —deprimente, pequeña y situada junto al barrio negro—, un amigo me había prestado su despacho, donde tenía teléfono y magnetófono. Ese amigo se encontraba fuera de la ciudad, de modo que yo podía moverme allí, a mis anchas.

Puse la cinta en el magnetófono y empecé a escuchar.

Lo primero que me sorprendió fue que no se tratara de la voz de Tony Adams. Se trataba, por el contrario, de una suave y profunda voz de mujer. Pero debía ser una secretaria, de modo que la cosa no tenía mayor importancia para mí.

Escuché los datos para la primera historia.

Ésta era sencilla. Se trataba del contrabando de droga realizado en el interior de caretas, máscaras africanas, y otra clase de objetos similares que sirven como adorno. La voz de la mujer explicaba los trucos que suelen emplear los contrabandistas, y que, fundamentalmente, consisten en rellenar esos objetos con la droga. Se han empleado desde elefantes de porcelana, venidos de Asia, hasta máscaras de brujos llegadas desde las profundidades de Nigeria. Recientemente, me acordé yo, habían sido detenidos bastantes traficantes dedicados a ese negocio.

En fin, la historia consistía en que una de esas caretas africanas, una careta de estremecedor realismo porque estaba recubierta de auténtica piel humana, llegaba a un bar de Mac Arthur Boulevard donde se reunían los traficantes de drogas. Allí, un cliente tenía que hacerse cargo de la careta y vaciarla de su contenido, que consistía en heroína en estado puro. Medio kilo, en total. Pero piensen

ustedes que cuando la heroína pura llega a las manos de un detallista, vale a

220 000

dólares el kilo, o sea, que aquella careta valía

110 000

dólares. Si tenemos en cuenta que el detallista gana unas veinte veces más, pues mezcla la cocaína pura con otras sustancias, fácil es llegar a la conclusión de que el cliente tenía el mayor interés en hacerse cargo de aquel envío. Pero —y aquí estaba el detalle dramático del cuento— cuando se hacía cargo de la careta, notaba, por el detalle de dos lunares casi juntos, que la piel humana que la tapizaba era la piel de la cara de su mujer, desaparecida un año antes. Uno de sus antiguos compañeros, al que habían expulsado de la organización tras darle una paliza de muerte, se había vengado de ese modo.

Tal era la primera idea para un relato.

Confieso que me pareció un poco melodramática, pero si el propio Adams la aconsejaba, podía servir, de modo que me dispuse a escribirla. Claro que me faltaba un pequeño detalle.

Yo no conocía bien la zona de Mac Arthur Boulevard. Y para hacer un relato más o menos periodístico, y que a la gente le pareciera auténtico, tenía que conocer el barrio, como la palma de mi mano.

De modo que tomé un taxi y fui.

Eran ya altas horas de la noche.

No sé si ustedes conocen aquello, pero hay zonas del barrio que resultan peligrosas.

Junto al Potomac, paralela a Mac Arthur Boulevard, corre una autopista que termina en el gran trébol de Virginia Avenue. Normalmente, la emplea la gente que va al centro de Washington o a la Theodore Roosevelt Memorial Island.

Por lo visto, la zona que describía sumariamente el relato, era la situada casi debajo de la autopista, donde se alinean unas calles y unos tugurios que tienen una vida fantasmal e intensa. Pensé dar una vuelta por ellos, ambientarme un poco, y volver.

Mientras el taxi rodaba por Rhode Island Avenue, llevándome hasta allí, pensé brevemente en lo que me había dicho Tony Adams. E intenté situar su figura en el centro de los acontecimientos.

Tony Adams, según yo recordaba, era uno de los redactores jefes del *Washington Post*. Estaba especializado en cuestiones políticas nacionales y, por lo tanto, conocía muy bien las entretelas y los fallos de según qué gente.

Eso significaba que había llegado a saber perfectamente algunas cosas de Sammy Müller; cosas que ya lindaban con la sección de crímenes y sucesos.

Sammy Müller debía haber tratado de sobornarle, al principio, pero yo estoy seguro de que Adams era insobornable. Entonces le había amenazado muy seriamente para que no contase nada de lo que sabía.

Adams no había hecho caso.

Entonces, Sammy Müller había hecho asesinar salvajemente a su mujer. Pero Adams no había hecho caso tampoco, quizá porque consideraba que, a partir de aquel momento, su vida no tenía más objeto que la venganza. Y había denunciado varias veces a Müller, aportando pruebas.

Pero las pruebas nada podían contra un hombre que conocía bien los resquicios de la ley, y contra el que sólo servía un testigo directo. Por lo tanto, Müller había salido absuelto.

Por los caminos legales, parecía que Adams no podía hacer nada contra él.

Pero he aquí que una mujer llamada Ludmila Barness escribía un libro sobre los manejos de Müller. Un libro puede ser mucho más peligroso que la condena de un tribunal, y a Müller no le interesaba que viera la luz. En consecuencia, le robaba el manuscrito y acababa con su autora.

Y ahí entraba Tony Adams otra vez.

Tony Adams disponía de un testigo que había visto a Müller cometer aquel crimen y, por lo tanto, el asesino millonario estaba hundido si el testigo hablaba. Se comprendía muy bien el interés de Adams en mantenerlo oculto hasta conocer un lugar seguro y donde no corriese peligro.

Por supuesto que Müller no se estaba quieto. Volvía a amenazarle. La táctica más directa consistía en matar a Tony Adams, pero eso hubiese originado un escándalo nacional al que no podía arriesgarse, a menos que diera con el crimen perfecto. Y dar con el crimen perfecto no es tan fácil, ustedes ya lo saben.

Por lo tanto, Müller iniciaba una táctica de aproximación indirecta. Como su enemigo, Tony Adams, ya no tenía mujer a quien asesinar, asesinaba en plan de advertencia a uno de sus mejores amigos y lo dejaba sujeto al asiento posterior de su coche. Pero el veterano periodista no se inmutaba. Para demostrar que aquello no le había afectado en absoluto, llevaba al muerto a todas partes como si tal cosa.

Ahora, ¿qué haría Adams para proteger a su testigo?

¿Cómo conseguiría llevarlo ante un tribunal sin que le ocurriese nada?

La situación me parecía más difícil cada vez.

Pero dejé de pensar.

El taxi estaba llegando a su destino. Me apeé cerca del club marítimo llamado Washington Canoe y volví hacia atrás.

Toda aquella zona, situada materialmente debajo de las autopistas, era bastante especial. Estaba destinada a desaparecer, de modo que las casas eran bajas, ruinosas, y discretamente tétricas. Nadie se ocupaba de repararlas. Los bares situados en aquel lugar, tenían un aspecto auténticamente desolador, y eso que yo había tenido que vivir durante bastante tiempo en los sitios más podridos de Saigón. Una extraña fauna de gente marginada y derrotada, los frecuentaba. Había por allí desde *hippies* despistados hasta maricas haciendo esquina. La noche no existía en aquel lugar. No distinguí apenas una mujer. Las cortesanas habían desaparecido casi, para ser sustituidas por hombres que ofrecían sus dudosos encantos. Una especie de náusea me acometió. Sentí que en aquel ambiente no iba a poder resistir ni media hora.

El taxista también me había tomado por un marica.

—Buena suerte, pocho —me había dicho, al dejarme allí.

Con una mueca de asco impresa en los labios, avancé mirando todo aquello. Por suerte, las cosas estaban tan a la vista, que podría ambientarme en poco tiempo. E iba ya a dar la vuelta al llegar cerca de Palisades Park (lo curioso era que, a diez pasos, aquello resultaba ya un distrito distinguido) cuando vi el nombre del bar.

Rutilaba dudosamente en viejas letras de neón: «The Crusaders».

Vacilé un momento. ¿Dónde había oído aquel nombre?

Mientras me ponía un cigarrillo en los labios con gesto pensativo, sentí, otra vez, en la espalda, aquel frío estremecimiento

que me llegaba de no sabía dónde. Porque ahora recordaba que el nombre de The Crusaders me lo había anunciado la voz. Sencillamente, era el nombre del bar que Tony Adams me había dado como escenario de los hechos.

Tuve un momento de vacilación.

Hasta aquel momento había pensado que el nombre del bar sería puramente imaginario.

Pero resultaba que no. Y tampoco debía extrañarme tanto. Era lógico que Adams, buen conocedor de los bajos fondos, situara su relato en un sitio real.

¿O no era lógico?

Lancé una bocanada de humo, pensativamente.

No, no lo era.

No se puede acusar a un bar que ya existe, de ser un sitio donde se reúnen los traficantes en drogas. El dueño pondría el grito en el cielo y demandaría ante los tribunales, al que escribiese aquello. Y el que escribiría aquello, sería yo.

Mientras sentía que todo aquello era muy extraño, entré en el bar. Miré a todos lados, distraídamente.

Y entonces, todo pareció vacilar bajo mis pies.

Porque allí estaba aquella increíble imagen, mirándome.

Allí estaba la máscara.

CAPÍTULO IV

LA HUELLA DEL HORROR

En el primer momento pensé que había visto mal.

Pero no, no era eso. El relato estaba resultando asombrosamente real en todos sus detalles, por lo menos hasta ahora. La máscara existía. Pero yo no tenía el menor derecho a suponer que estuviera, efectivamente, cubierta con piel humana.

Un homosexual ya viejo y con una mirada implorante en los ojos, me preguntó:

—¿Qué vas a tomar, muchacho?

No le contesté.

Miraba, como obsesionado, la máscara. Por lo que me di cuenta, ya debía hacer mucho tiempo que estaba allí, puesto que el humo de innumerables cigarrillos la había ennegrecido. Los ojos eran de cristal y la sustancia que cubría las facciones, parecía pergamino viejo. Sin darme cuenta pedí un *whisky*.

—Está pagado —dijo alguien.

Me fui.

Sentí náuseas.

Que eso le pase a un tío de veintitrés años que ha tenido que mamárselas amargas en Vietnam y Tailandia ya es el colmo.

Pero no me situé demasiado lejos de allí. Fui hasta las inmediaciones de la Georgetown University, que, como ustedes saben, está al sur del Observatorio de la Marina, y aguardé.

Todos aquellos tugurios no tardarían en cerrar, puesto que no tenían permiso para estar abiertos toda la noche.

Y entonces volví al Crusaders.

Lo que había visto, me obsesionaba.

Toda aquella extraña fauna de desesperados, drogadictos,

homosexuales y gentes marginadas, había desaparecido ya. Supuse que la mayoría de ellos dormirían por los parques.

Alguna que otra mujer, se deslizaba ahora por las calles llenas de penumbra.

Me di cuenta de que el bar estaba cerrado, pero había una pequeña puerta que comunicaba con él. Los cubos de basuras se alineaban en la acera. Sólo un par de borrachos podían verme, pero no se fijaban en mí.

Pasé por la puertecilla.

El bar, a media luz estaba vacío, también. La barra aparecía silenciosa y hostil. Pero yo no me fijé en nada, excepto en la máscara; aquella máscara que había llegado a obsesionarme.

Como estaba bastante alta, de modo que nadie pudiera fijarse en los detalles, me subí a una mesa, a pesar de mi pierna lesionada. Desde allí, la miré. Y entonces fue cuando otra vez tuve la sensación de algo irreal, cuando, nuevamente, la sangre se me heló en las venas.

Porque, efectivamente, la máscara tenía dos lunares casi juntos.

¡Y estaba recubierta de piel humana...!

CAPÍTULO V

UNOS PASOS POR LA ETERNIDAD

La pistola se posó, entonces, en mi espalda, pero bastante abajo, en la base de la columna vertebral. El que me estaba apuntando, fuera quien fuese, podía matarme o dejarme parálítico en una décima de segundo.

Me volví.

Y pude verle, entonces, mirando hacia abajo, a un tipo al que había distinguido antes, en el bar. Si no era el dueño, lo parecía. Llevaba pantalones negros, chaleco rojo y camisa blanca. Pero sus ojos, que antes me habían parecido normales, eran, ahora, auténticamente obsesionantes. Eran los ojos de un loco. Algo había cambiado en él por el simple hecho de que yo estuviese mirando aquella máscara. Algo que hacía que hasta el aire que nos rodeaba se convirtiera en el extraño aire de una tumba.

Balbució:

—¡Baja de ahí, perro!

Puse cara de buen chico. Y, en el fondo, yo soy un buen chico, puedo asegurárselo, de forma que no tuve ninguna necesidad de fingir. Le dije que estaba herido en una pierna.

—Si no te ha molestado para subir, no te molestará para bajar. Salta o te reviento.

Comprendí que no bromeaba.

Salté.

El dolor de mi pierna herida, me llegó hasta el fondo del cerebro.

—Entiendo en máscaras —dije—, y ésa me ha llamado la atención, pero le aseguro que no pensaba robarla...

—¿Quién te lo ha contado? —masculló aquel hombre.

—¿Contarme, qué?...

—Que esta máscara está recubierta con auténtica piel humana.

—Creí era pergamino —musité, fingiendo sorprenderme.

—Pues es auténtica piel humana. ¿Quién te lo ha contado?

—Na... nadie —musité—. Es pura casualidad.

—Sólo lo sabía Viveca Donovan.

—¿Viveca Donovan?...

—¿No la conoces? —Le juro que no...

Y era cierto. Yo no mentía, puesto que jamás había oído aquel nombre, hasta ahora. Mientras alzaba un poco las manos, rogué:

—Déjeme salir. Examinar de cerca una máscara, no es ningún delito. No tiene derecho a amenazarme con esa pistola.

Tuve la sensación de que ni siquiera me oía.

Y tuve otra sensación más inquietante aún: la de que aquel hombre era una especie de trastornado. Al igual que Tony Adams, tenía una idea fija. De modo que empecé a preguntar muy seriamente en qué clase de mundo me había metido.

—¿Te ha explicado Viveca Donovan, lo otro? —musitó.

—¿Qué es... lo otro?

—¡Je, je!... ¿Qué tratas de hacer? ¿Averiguarlo todo para después contárselo a la policía?

Su voz sonaba ronca.

Me di cuenta de que, en efecto, era un trastornado.

Y con los trastornados, es posible cualquier cosa. Mañana mi cuerpo podía aparecer flotando en las aguas del Potomac, y aquel tipo, del que nadie sospecharía, seguiría preparando combinados para los homosexuales del barrio.

—No pienso contarle nada a la policía —dije—. Le juro que era una simple casualidad. Me empujó con el cañón.

—Andando —dijo.

—¿Hacia dónde?

—Me gustará saber si Viveca Donovan te ha explicado el final de la historia.

Me di cuenta de que no había en el bar, nadie más que él. Todos los demás habían terminado su trabajo, habían desaparecido en la noche. Si aquel loco quería matarme podría hacerlo tan fácilmente, que el pensamiento me hizo estremecer.

Pero, por el momento, no apretaba el gatillo. Se limitaba a

empujarme hacia unas escaleras.

Subí.

Llegué hasta el segundo piso, sintiendo siempre el contacto del cañón en mi espalda.

—Sólo Viveca Donovan sabía eso —musitó aquel hombre—. Ella fue quien me dio la pista para encontrar al asesino de mi mujer.

—¿Pero es que esa piel es... es de la cara de su mujer?

—Sí.

La afirmación, hecha tajantemente, me dejó helado. Bruscamente me di cuenta de que estaba entrando de lleno en un mundo de horror que no hubiera podido imaginar jamás.

Aquel tipo abrió, con el pie, una puerta que estaba delante mío.

Atravesamos una sala tétrica y con muebles pasados de moda.

Luego me dio una llave, para no tener que pasar delante mío. Estábamos ante otra puerta, ésta mucho más hermética que la anterior.

—Abre tú —me ordenó.

Lo hice. El seguía a mi espalda, acariciándome con el cañón de su pistola.

Hice girar la llave y empujé la hoja de madera. Inmediatamente llegó hasta nosotros un hedor insoportable, un hedor que me echó hacia atrás y que me hubiera hecho retroceder del todo, caso de no empujarme el cañón de la pistola.

Porque yo acababa de entrar en una tumba.

Me di cuenta, con una sensación de horror e impotencia al mismo tiempo, de que aquél era el mundo del Más Allá.

Sobre un diván yacía un cuerpo embalsamado de mujer, un cuerpo que al parecer se conservaba perfectamente, pero que estaba vestido con ropas pasadas de moda. Es decir, ropas de cuatro o cinco años atrás.

Aquello no hubiera significado para mí, ningún horror especial.

Yo había visto muchos muertos. Demasiados. Y mucha gente embalsamada también. A todos mis compañeros acribillados en Vietnam los embalsamaron, antes de devolverlos a los Estados Unidos.

Pero es que esta mujer... ¡no tenía cabeza!

¡Su cuerpo acababa en una especie de enorme muñón donde había una pieza de plata!

Sentí frío en la garganta, en los ojos.

Aquella terrible sensación de irrealidad me dejaba, totalmente, sin fuerzas.

Adiviné que a aquella mujer la habían matado de una forma siniestra, es decir, decapitándola. Y su marido, el tipo trastornado que yo tenía detrás, había aprovechado luego la piel de la cabeza, que sin duda estaba muy destrozada. Había aprovechado, para la máscara, las zonas de tejido que pudo utilizar.

Por sí solo, eso ya era siniestro.

Pero me faltaba ver lo peor.

En realidad, ya lo había visto al principio.

Pero me faltaba asimilarlo. Mi cerebro no podía penetrar en aquella horrible verdad.

Me negaba a creer lo que veían mis ojos.

Porque había un hombre atado sólidamente a la muerta.

Unido indisolublemente con ella.

Aquel hombre debía haber muerto no de náusea, puesto que el cadáver de la mujer no despedía ningún hedor, sino de miedo y también de sed y de hambre. Quizá había pasado una semana, así. Y ahora llevaba, al menos, dos días muerto.

Ya hedía mucho.

Era como si se hubiese estado pudriendo, antes de morir.

Vacilé.

De pronto, mi pierna herida pareció incapaz de soportar el peso del cuerpo. Sólo la angustiosa sensación de peligro que me rodeaba, me hizo tenerme en pie.

—Ya sé lo que piensas, maldito esbirro —dijo—. Atentado contra la salud pública, puesto que tengo un cadáver embalsamado, en casa. Asesinato en primer grado, puesto que he dejado morir de hambre y sed a ese tipo, junto al cadáver de mi mujer. Todo eso lo estás pensando para contárselo a la policía, pero no te va a servir de nada. No llegarás a hacerlo...

Sentí la muerte en mi nuca, en la propia raíz de mis cabellos. Con voz velada, intentando desesperadamente ganar tiempo, susurré:

—¿Quién era ese hombre?

—El que mató a mi mujer.

—¿Y por qué la mató?

—Rivalidades en los negocios. Quiso quedarse con todo y me negué. Entonces trató de ablandarme decapitándola a ella. Pero yo logré vencerlos, después de todo. No sólo me quedé con el negocio; no sólo conseguí echar al Potomac los cadáveres de dos de mis peores enemigos, sino que acorralé al que había matado materialmente a mi mujer. A ese cerdo infectado que ves ahí... Viveca Donovan me dio, al fin, su pista. Lo capturé y ahí lo tienes... Su muerte ha sido horrible. La muerte más espantosa que pude soñar para él.

Nuevamente me estremecí. No sólo por el horror de lo que estaba viendo, sino porque estaba claro que aquel tipo me confundió con un policía, o con un confidente de la Brigada Criminal. O con un fulano metido hasta el cuello en el negocio de la droga. Era lo mismo. De un modo u otro yo estorbaba, yo había visto demasiado y convenía cerrarme los ojos para siempre.

Dije:

—¿Dónde está Viveca?

No me contestó.

Adiviné que iba a apretar el gatillo.

Y que me cuezan vivo, si su pistola no llevaba un silenciador así de largo. No causaría el menor ruido al dejarme seco, aparte de que en el bar, abajo, ya no había nadie. Por lo tanto mi vida, si es que quería conservarla, dependía únicamente de mí.

Decidí olvidarme de aquel clima de horror y pasar a la acción, fuera como fuese.

Por cierto, un tipo que ha estado en Vietnam, aunque sea desmontando cohetes tierra-tierra, sabe algunas cosas.

Por ejemplo, cómo cargarse a un tío que está a su espalda.

Como yo tenía las manos ligeramente alzadas, aproveché el nerviosismo de mi enemigo para girar hacia la derecha con la velocidad del rayo. Al hacerlo, mi codo golpeó el arma de mi enemigo.

Ya sé que es una maniobra arriesgada. Todo depende de la perfecta sincronización, pero suele salir bien, si uno la tiene ensayada.

Y a mí me salió perfecta. Cuando el fulano disparó, ya tenía el arma encañonada hacia un lado de la habitación. No me causó ni un rasguño. Terminé mi maniobra de giro y me encontré de cara a

él, antes de que pudiese volver a poner la pistola en posición normal.

El resto fue instantáneo.

Me apoyé en mi pierna herida, haciendo un esfuerzo.

Y le clavé la rodilla de la sana en salva sea la parte. Aquel pobre loco debió sentir un terrible dolor entre las piernas.

Lo sujeté, entonces, por la camisa.

Volví a girar.

Soy fuerte.

Y en los entrenamientos para comando —pues, en principio, me preparaban para ellos— he enviado a docenas de hombres por encima de mi cabeza.

Éste fue uno más.

Atravesó la habitación, soltando la pistola, y se estrelló contra la pared del otro lado. Intentó revolverse, aunque el golpe que había sufrido era terrible y ya tenía los ojos blancos.

Sin embargo, una chispita de locura seguía brillando en ellos.

¿También era un drogado?

Resultaba más que probable.

De todos modos, no me entretuve en averiguarlo.

Si él recuperaba la pistola, yo estaba listo, de forma que me moví. Apoyándome de nuevo en mi pierna herida, la que estaba exigiendo un esfuerzo quizá, disparé la otra. Y alcancé de lleno en el mentón al dueño de aquel tugurio.

La cabeza fue hacia atrás como si la hubiesen disparado con algo. Como si fuera a desprenderse del tronco, vamos. Oí un chasquido siniestro y me estremecí.

Mis ojos, desencajados, se dieron cuenta entonces de que aquel hombre acababa de chocar con la base de un gran candelabro lleno de adornos metálicos en forma de hoja de árbol. Me di cuenta, también, de algo que en el primer momento me pareció increíble: acababa de matarlo.

Tal vez un hombre normal hubiera resistido el impacto, aunque en golpes de esa clase se producen muchas desgracias inesperadas.

Pero un drogado como aquel tipo, no pudo. Estaba hecho una filfa. Era gelatina pura.

Quedó quieto, con los ojos desencajados y mirando al vacío.

Yo volví a sentir frío en la espina dorsal.

Tenía que salir de allí, o me jugaba la vida. En el caso de que alguien me viera, podían condenarme por media docena de delitos a la vez. Nunca se sabe cómo terminan esas cosas. De modo que me evaporé.

No había dejado huellas digitales, excepto abajo, en la mesa, pero allí habría docenas de ellas. Posiblemente, nadie me había visto entrar. Tenía que jugármelo todo a una carta y confiar en que el bar, abajo, estuviese vacío.

Al menos en eso tuve suerte.

Lo estaba.

Me deslicé hacia la calle, pisando casi a un borracho que lanzó un sordo gruñido. Luego fui a pie hasta el Potomac, alejándome de la zona por el largo parque que bordea la orilla del río y que llega hasta la confluencia del Distrito Federal de Columbia en los estados de Virginia y Maryland.

Comprendí que, seguramente, nadie me relacionaría con aquellas muertes. Al contrario, buscarían entre gente metida en el ambiente de la droga. Por aquel lado, podía sentirme razonablemente tranquilo.

Pero no era eso lo que me obsesionaba.

Lo que me obsesionaba de verdad, lo juro, era que me daba cuenta de que acababa de entrar en el mundo del horror, en el mundo de lo inexplicable, en un universo negro y gris donde nada tenía sentido. Acababa de entrar en el mundo de la muerte y ya no podría salir de él con mis propias fuerzas.

Lo sabía.

CAPÍTULO VI

EN EL POZO DEL ENIGMA

Decidí quedarme a dormir en el despacho de mi amigo, porque no tenía fuerzas para llegar a casa. Mis padres no se extrañarían. Pensarían que un hombre joven como yo, y que acababa de llegar de uno de los sitios más podridos del mundo, tenía derecho a olvidar un poco con una noche de juerga.

Me tendí en un diván.

Todo aquello me obsesionaba.

Encendí un cigarrillo.

Y miré la cinta magnetofónica que me entregara Tony Adams, como si estuviera contemplando las propias manos del diablo.

La primera historia ya no me servía.

¡Cualquiera la escribía, después de lo que había pasado!

Pero lo más inquietante era esto: la historia, aparentemente inventada, había resultado ser verdad. ¿En qué clase de mundo siniestro se movía Tony Adams? ¿Qué clase de hombre era, realmente?

Decidí abordar la cuestión de frente.

Hablaría con él.

Puesto que ya conocía su dirección y había estado en su casa, aquella misma noche volví allí. Mejor dicho, fui a volver. En el momento en que me disponía a salir del despacho, sonó el teléfono.

Lo descolgué.

Y entonces oí aquella voz que no había escuchado en dos años enteros. La voz de Miriam era un poco más espesa, más profunda, más grave. Yo diría que hasta reflejaba un recóndito dolor. Pero me consoló, porque eran unas palabras amigas y en este momento yo las necesitaba desesperadamente:

—John...

Durante dos años interminables en Asia, yo había soñado mil veces en aquella voz, pensando que quizá no volvería a oírla nunca. La presencia, aunque fuera lejana, de Miriam, me devolvía la tranquilizadora sensación de que las cosas eran como antes.

—John... ¿No me contestas? ¡Me ha costado tanto encontrarte! ¿No me contestas?...

—¿Me has llamado antes? —pregunté sin necesidad, deseando tan sólo oírla.

—Bastantes veces. Y nadie contestaba...

—¿Cómo has sabido que estoy aquí?

—Me lo han dicho tus padres. Decían que, probablemente, no te encontraría en otro sitio.

Y añadió con decisión:

—Voy a ir a verte.

—No, no lo hagas. Es ya muy tarde.

—¿Y qué me importa?

Miriam siempre había sido una muchacha muy decidida. Antes de que me destinaran a Vietnam fue la única compañera, de verdad, que tuve. Pero, si he de decir la estricta verdad, no me atrevía a formalizar nunca mis relaciones con ella, porque, de momento, yo estaba sin trabajo. Posiblemente fue una cobardía, no lo sé. Pero en este momento fue un enorme consuelo oírla.

—No te muevas de ahí —dijo—. Voy a ir.

Y colgó.

Lancé una imprecación, puesto que no me había dejado opción para contestarle. Ahora no me iba a quedar más remedio que esperarla o dejar que volviese sola, a aquellas horas, por las peligrosas calles de Washington.

De modo que aguardé. Estuve tentado de llamar por teléfono a Tony Adams, pero me pareció que todo aquel maldito asunto había que tratarlo personalmente con él. Sentía que mis nervios vibraban, mientras los minutos entraban como gotas de ácido en mi cerebro.

Por fin llamaron a la puerta.

No sé por qué lo hice.

Pero cuando Miriam atravesó el umbral, me encontré a mí mismo besándola ansiosamente, abrazándola, buscando sus labios, sus párpados y su garganta. Era como si el tiempo hubiese vuelto

atrás, en un mágico salto. Todo lo que no me había atrevido a hacer aquellos años lo hice ahora, quizá porque en estos momentos me parecía un problema sin importancia el hecho de estar sin trabajo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, no sé cuánto duraron nuestros besos. Por fin, con ese sentido práctico que siempre acaban teniendo las mujeres, me preguntó:

—¿Qué haces aquí? ¿Preparas algo? ¿Estudias?

Hice una mueca.

—Prefiero decirte la verdad, Miriam. Es más, en este momento has venido como llovida del cielo.

—¿Pero por qué? ¿Estás en peligro? ¿Qué pasa?...

Y añadió velozmente:

—Ya me ha parecido antes, cuando me has besado de ese modo, que necesitabas la ayuda de alguien. No eran unos besos digamos... normales. Yo diría que tienes los nervios destrozados.

—Intento no tenerlos, Miriam.

—¿Pero por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Prefiero decirte la verdad —musité.

Y le conté todo lo que había ocurrido desde el momento en que visité en su casa a Adams. Ella me escuchó con enorme atención, pero palideciendo intensamente mientras el relato avanzaba. Tuve la sensación de que, en algunos momentos, no me creía. Hasta quizá, durante algunos segundos, pudo pensar que yo estaba loco.

Le serví un poco de licor de una botella que tenía mi amigo en el despacho. Bebimos, mirándonos a los ojos. Al fin, ella musitó:

—Desde luego no entiendo lo que ocurre, John, pero debe tener una explicación sencilla porque todas las cosas la tienen. Y esa explicación sólo te la puede dar Tony Adams. Creo que pensabas bien cuando decidiste ir a verle.

—Iba a salir cuando tú llamaste, Miriam. Y te he dicho antes que venías como llovida del cielo porque para ir de un sitio a otro dependo de los taxis, al no poder conducir, y a estas horas no creo que encuentre ninguno. Tú puedes llevarme.

—Pues claro...

—Pero no entres en aquella casa.

—¿Por qué? No creo que haya peligro alguno. Al fin y al cabo, Adams no quiere causarte ningún daño.

—De todos modos no entres —decidí.

Salimos y ella me condujo hasta la casa de Adams a través de las desiertas calles de Washington. Miriam tenía un «Ford Cobra» de segunda mano. Me dejó ante la casa, cuyas luces estaban encendidas.

Llamé.

Nada.

Volví a llamar.

Me respondió el silencio.

Era extraño que Adams no me oyese, puesto que las luces encendidas indicaban que estaba en casa. No necesito decir a nadie, de todos modos, que la situación no me gustó.

En Asia había aprendido a hacer algunas cosas, entre ellas a forzar una cerradura. Lo hice empleando una lima de uñas de Miriam. Se produjo un chasquido y la puerta se abrió. Me di cuenta de que Miriam entraba conmigo, a pesar de que me hubiera gustado evitarlo.

Tenía la oscura sensación de que un peligro desconocido nos estaba amenazando a los dos. Avanzábamos con los nervios tensos.

Pero nada ocurrió porque la casa estaba vacía. Eso fue lo que más me extrañó: no había rastro de Tony Adams. No se veían señales de violencia. Nada estaba en desorden.

Daba la sensación de que el hombre del *Washington Post* había salido.

Pero ¿había salido, dejando las luces encendidas?

Quizá sí, para que cualquier posible ladrón pensara que estaba en casa, absteniéndose de entrar. Al fin y al cabo, Adams vivía solo y estaba amenazado de muerte.

No hallé ningún indicio que me indicara dónde podía estar. De modo que me volví hacia Miriam, haciendo un gesto de impotencia.

—Me temo que esta noche no aclararemos nada, Miriam —dije.

—¿Pero dónde puede haber salido a estas horas?

—No debe extrañarnos tanto. Por su profesión, es un hombre que vive de noche. Iré detrás de alguna información, supongo.

—¿Sabes qué te digo? Casi lo celebro. Te conviene descansar algunas horas, de modo que más vale que vuelvas a casa.

Hice un gesto afirmativo, indicando que tenía razón. Al fin y al cabo, no sé con qué derecho estábamos allí. Nos dirigimos, a la puerta, con intención de dejarlo todo tal como lo habíamos hallado.

Y me detuve, de pronto. Tenía la brutal sensación de la muerte. No sabía por qué ni cómo, pero la sensación de la muerte estaba allí. Me obsesionaba. Miré como alucinado las paredes de la casa.

Miriam susurró:

—¿Qué te pasa?

No hubiera sabido contestar.

Pero estaba respirando la propia muerte.

CAPÍTULO VII

¿POR QUE?

Eso era lo que se estaba preguntando aquel hombre. «¿Por qué?». Ésa era la inútil pregunta que bailaba en el cerebro de aquel hombre, mientras veía avanzar el cuchillo poco a poco hacia su garganta. No conocía al que iba a matarle, no le había visto jamás, no existía ningún motivo para que quisiera su muerte.

Tampoco se trataba de un atraco. No le había pedido dinero. Entonces, ¿por qué?

Sus ojos, desencajados, vieron la esquina solitaria, los coches durmiendo bajo la humedad de la noche, los reflejos de las farolas junto al parque. Había en la noche de Washington algo misterioso que no lograba entender. No entendía, tampoco, las razones de su propia muerte.

Lanzó un débil gemido.

El cuchillo se había hundido en su carne.

Vaciló, mientras se apoyaba en la pared de ladrillo. Luego se llevó las manos a la herida y las impregnó de sangre. Volvió a apoyarlas en la pared, dejando allí diez siniestras líneas rojas.

El cuchillo fue a su garganta.

La segó de un solo tajo.

El hombre tuvo la sensación de que lanzaba un auténtico alarido. Al menos, aquel alarido resonó en su cerebro. Pero no llegó a oírse en el exterior, porque su garganta ya no podía emitir sonidos. El hombre cayó.

Estaba bañando la calle con su sangre.

Pero ya no se daba cuenta. Sus ojos sólo veían extraños y fantasmales reflejos de las farolas. Pronto hasta eso se borró.

Luego, la sombra se alejó poco a poco.

Dejó atrás el arma con la que acababa de cometer el asesinato. Sus manos enguantadas desaparecieron en los bolsillos del impermeable ligero que usaba aquella hora. Sus pisadas se perdieron en la oscuridad.

A lo lejos, sobre las pistas del aeropuerto internacional, brillaban intermitentemente las luces del avión que pedía pista.

CAPÍTULO VIII

LA NOCHE MACABRA

Miriam y yo lo dejamos todo intacto, como si no hubiéramos estado allí. Nos dirigimos hacia el «Cobra» mientras la soledad nos rodeaba como una amenaza.

—Creo que deberías volver a casa —dijo ella—. Aquí ya has podido ver que todo es inútil.

—Sí —musité—. Volvamos.

Me sentía terriblemente cansado, como si durante todo el día hubiera estado cargando piezas de hierro. Pensé que quizá podría dormir con ayuda de unas pastillas.

—Pasa al resto de la noche en casa —ofrecí—. No quiero que vuelvas sola.

—¿Y qué dirán tus padres? Pensarán que hemos estado juntos hasta ahora. Pensarán que...

—Si tuviéramos algo que ocultar, no vendrías a casa —dije—. Y no lo digo por comodidad, sino porque creo que estarás más segura allí. No sé, pero hay algo en el aire que no me gusta. Como si esta noche todo fuera distinto...

Ella no me contestó. Comprendí que vendría a casa, pero con la exclusiva intención de no dejarme solo. Debía haber notado ya que había algo desquiciado en el fondo de mis nervios.

—¿Conoces esta zona? —pregunté, mientras Miriam arrancaba—. No sé exactamente por dónde podríamos volver. Dos años ausente me han hecho perder el sentido de la orientación en Washington. Hay aquí una autopista nueva, ¿verdad?

—Sí, pero no hace falta que entremos en ella. Pasaremos por debajo de la vía y saldremos directamente al otro lado del parque.

Puso primera, giró a la derecha y nos deslizamos por una oscura

rampa. Entró la segunda velocidad. Tomó con precaución una curva y nos encontramos en una zona donde las ruedas traqueteaban.

—Ahí tenemos la vía del tren —dijo—. La están reparando.

En efecto, todo aquello era provisional. Había un estrecho túnel, encima del cual la vía estaba casi desnuda, mantenida sobre unos ejes metálicos desmontables. Daba la sensación de uno de esos pasos provisionales, que se tienden cuando una riada se lleva un puente. Miriam me explicó que la nueva autopista había obligado a desviar un poco la línea férrea.

—Dentro de dos meses esto estará desconocido —dijo—. Espera... Aquí hay un bache muy profundo. Esas enormes máquinas hormigoneras lo estropean todo.

Se detuvo y volvió a meter primera.

Había que obrar con precaución para no dejarnos allí un *palier*.

Lo cierto fue que durante unos instantes estuvimos materialmente detenidos bajo la vía. El paso estaba en pésimas condiciones, y me supo mal que Miriam se hubiese metido por allí aunque ganara tiempo.

—El limpiaparabrisas —dije.

—¿Qué?

—Parece que ha caído algo.

Ella lo puso en funcionamiento. Las silenciosas escobillas se llevaron la mancha que había sobre el cristal.

Pero, en seguida, cayó otra.

Y otra.

Eran unas manchas espesas, viscosas. Yo diría que eran, también, unas manchas calientes.

Musité:

—Miriam...

—¿Qué... qué estás pensando, John?

Yo volví a sentir frío en la espina dorsal.

—Lo mismo que piensas tú —dije.

Y nos miramos.

Nuestros párpados temblaban.

Porque los dos habíamos adivinado la horrible verdad. Los dos nos habíamos dado cuenta ya de que lo que caía lentamente sobre el parabrisas del coche era... ¡SANGRE!

Miriam no estaba acostumbrada a aquellas cosas. El coche se le caló. Noté que sus dedos aferraban el volante con angustiosa fuerza porque estaba a punto de perder el control de sus nervios.

—Lo único que tienes que hacer, es sacar el coche de aquí para no interrumpir el paso —dije—, aunque dudo que a otro loco se le ocurra pasar por aquí, a esta hora. Luego yo veré lo que ocurre.

Iba a añadir: «Tal vez alguien se ha suicidado en la vía». Pero ni yo mismo creía eso.

Miriam situó el coche en un descampado, junto a la rampa de la nueva autopista, y descendimos los dos. Me costó un poco subir a la vía a causa de mi condenada pierna hecha fosfatina. Una vez ante los raíles no vi el cadáver de ningún suicida, ni nada que se le pareciese.

No había cuerpo alguno.

Bajo la luz de las estrellas, la vía tenía un aspecto silencioso y hostil, pero no se apreciaba en ella ninguna anormalidad. Sin embargo, la sangre tenía que haber venido de algún sitio.

Me incliné sobre los raíles y vi que, allí, el tendido iniciaba un suave descenso. Eso indicaba que un líquido podía resbalar por ellos. Puse un dedo sobre el metal y lo retiré manchado de sangre.

—Tiene que estar allí —dije.

La vía pasaba encajonada entre unas paredes de ladrillo, apenas veinte yardas más arriba Miriam y yo alcanzamos aquellas paredes a la luz de las estrellas.

Y entonces vimos al hombre.

Había sido brutalmente degollado.

Tenía la cabeza sobre uno de los raíles, y por eso la sangre, o al menos parte de ella, había ido resbalando, poco a poco. Pero aquella espantosa herida no la había causado el tren, sino un cuchillo, porque las señales eran inconfundibles.

Los ojos del muerto estaban desencajados.

Parecían mirar al vacío con una pregunta no formulada, con una espantosa interrogación que parecía decir: «¿POR QUE?». Ya jamás tendría una respuesta.

Vi que Miriam se llevaba las manos a la boca.

Estaba a punto de perder la serenidad. A punto de ponerse a gritar como una histérica.

La sujeté por un brazo y la saqué de allí.

Era mejor que no viese más de lo que ya había visto.

Un examen de la posición del cadáver me demostró que, pese a tener la garganta materialmente seccionada, había podido arrastrarse unas yardas, viniendo probablemente desde la pared de ladrillo que yo tenía a mi derecha. Quizá había tratado de llegar al paso de coches por el que habíamos pasado nosotros poco después, con la lejana esperanza de que alguien le viera y le ayudase.

Hice una seña a Miriam para que se mantuviese quieta.

Fui hacia la pared de ladrillos. El rastro de sangre me indicaba que no me había equivocado. Un charco me demostró que era allí, justamente, donde se cometió el crimen pocos minutos antes.

La pared también estaba manchada de sangre.

Sin duda, la víctima había tratado de apoyarse en ella con las manos impregnadas.

Contuve el aliento.

No me había engañado mi instinto; ese misterioso instinto que uno llega a adquirir en la guerra.

Antes, había creído *oler* la muerte.

Y, en efecto, asesinaban a un hombre muy cerca de allí. ¿Pero por qué? ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Oí los pasos vacilantes de Miriam.

—Por Dios, vámonos de aquí... —dijo—. Vámonos...

—Puede que sea un simple atraco —mentí—. A veces, los atracadores acaban matando a la víctima. Avisaré a la policía.

—No, no ha sido eso, John, y tú lo sabes.

—¿Por qué lo sé?

—Pues porque tú te has fijado, igual que yo, en un detalle —me contestó—. Las ropas de ese hombre no han sido registradas. De otro modo tendría los bolsillos al revés, tendría, al menos, la americana desabrochada. Y los dos hemos visto que no es así. A ese hombre lo han matado por otra causa.

—Buena deducción —dije—. Pero la razón por la cual le hayan matado nos es indiferente, Miriam. Avisaré a la policía.

Volvimos al coche. Me costó mucho descender del terraplén donde estaba la vía y volver al puente provisional. Una vez en el interior del «Cobra», Miriam bisbiseó:

—Más vale que no te metas en esto, John Milton Craven.

—¿A qué vienen esas palabras tan solemnes? ¿Por qué no he de

meterme en esto?

¿Quieres decir que no debo avisar a la policía?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir.

—¿Y cuál es la razón?

—Podrían preguntarte qué has estado haciendo esta noche. Seguro que te lo preguntarán y controlarán tus pasos uno a uno, aunque sea por rutina. Siempre lo hacen.

Y pueden relacionarte con aquel sucio asunto del bar.

Comprendí que tenía razón.

Era un peligro que debía evitar, a ser posible. Mejor que la policía no tuviese la menor idea de mi existencia.

Pero, inclinando la cabeza con un gesto de pesadumbre, dije:

—Ahora ya es tarde, Miriam. Habrá que ir. Has dejado las huellas de los neumáticos del coche marcadas en todas partes.

—Bien, pero en ese caso iré yo sola.

—¿Tú sola? ¿Por qué?

—No hay ninguna razón para que el crimen lo hayamos descubierto los dos. Puedo haberlo descubierto yo solita. Y como no tengo nada que ocultar, pueden estar interrogándome hasta mañana si quieren. Vamos. Más vale que vuelvas a casa.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y encendí un cigarrillo.

Me sentía más cansado que nunca, ésa era la verdad. Infinitamente cansado. Ansiaba cerrar los ojos, olvidar, olvidar... Y era consolador tener a mi lado a Miriam, que en ciertos momentos pensaba por mí. Era consolador saber que ella me sacaría del apuro si estaba en su mano hacerlo.

Rodamos en dirección a mi casa, pero Miriam no se quedó en ella. Fue directamente a la estación de policía más próxima a la zona en que habíamos descubierto el cadáver. Yo tomé dos pastillas y me sumí en un profundo, en un brutal, en un casi alucinante sueño.

CAPÍTULO IX

SILENCIO, VACIO, MUERTE

A la mañana siguiente, hacia las nueve, me despertó el timbre del teléfono que tenía al alcance de mi mano, junto a la cabecera de la cama. Lo descolgué y me sentí sorprendentemente mejor, como si los barbitúricos me hubieran relajado completamente los nervios.

Reconocí en seguida la tranquila y animosa voz de Miriam. La muchacha me dijo que había pasado la noche entera en la estación de policía, pero que las cosas habían marchado bien. La molestaron lo menos posible. Todo se limitó a volver al escenario del crimen, reconstruir el hallazgo y firmar la declaración. Ella siempre había dicho durante el interrogatorio, que viajaba sola con el «Cobra» con el que se disponía a ir a Nueva York, pero en vista del macabro hallazgo, había desistido del viaje.

—No debes preocuparte —dijo al final—. Tú no estás envuelto en esto para nada. Yo tampoco, realmente, puesto que lo único que me han pedido es que comparezca cuando me llame el fiscal del Distrito.

—Entiendo —murmuré—. ¿Sabes si van a contar algo a la prensa?

—No, me parece que no. Es decir, casi aseguraría que no lo harán. Como últimamente se han cometido varios crímenes en aquella zona, temen que se desate el pánico. De momento, la policía dirá, solo, que ha sido hallado un cadáver, pero sin dar detalles.

Absolutamente ningún detalle.

—Por descontado, no dirán que la sangre llegó a caer sobre el parabrisas de tu coche...

—Oh, no, por Dios. Eso no. Tengo la impresión de que no quieren dar al asunto el menor sensacionalismo.

—Gracias por todo lo que has hecho, Miriam. Supongo que vas a dormir, ¿no?

—Estoy destrozada. Hasta ahora me han sostenido los nervios, pero me caigo de cansancio. Pienso dormir hasta media tarde, por lo menos. He pedido en el trabajo que me concedieran un par de días a cuenta de vacaciones, por asuntos familiares, y así podré estar contigo. ¿Tú qué vas a hacer ahora?

—Llamaré a Adams —dije.

—¿Para darle una exclusiva periodística?

—Puede que sí.

Y colgué, después de añadir:

—Gracias, Miriam. Nunca olvidaré lo que estás haciendo.

Era verdad. La sencilla ayuda de una mano amiga es, a veces, de valor incalculable en situaciones así.

Luego llamé a Tony Adams. Esperé largo rato.

Al fin me contestó una voz de mujer, una voz ya cascada de vieja sirvienta negra.

—Casa del señor Adams. ¿Quién llama?

—Soy su amigo Craven —dije—. Por favor, dígame.

—¿Llama desde el periódico?, que se ponga, aunque esté acostado. Es importante.

—Sí —mentí.

—Pues lo siento, señor Craven, pero el señor Adams no ha dormido aquí esta noche. Todo está intacto. Yo soy la asistente, ¿sabe? Vengo aquí todas las mañanas, a partir de las nueve. ¡Si sabré yo cuando las cosas han sido tocadas y cuando no las ha tocado nadie! Y esta noche pasada el señor Adams no ha tocado ni un vaso de agua. Lo peor es que no me ha dejado ninguna nota, señor. Crea que lo siento.

—¿Suele dejar notas diciendo adónde va?

—Sí, señor. Bueno... Quiero decir que suele hacerlo. No tiene ninguna obligación. La que era muy ordenada era la señora, que en el cielo esté. El también suele indicarme adónde va, pero si anda detrás de algún reportaje que le interesa mucho, se olvida.

Le agradecí a la negra sus informes.

Hoy día, en Washington, ya no resulta tan fácil encontrar asistentas que crean en el cielo y que le atiendan bien a uno.

A continuación llamé al periódico.

Tony Adams era uno de esos viejos pájaros nacidos bajo una rotativa y que no pueden vivir sin el olor a tinta, de modo que era muy posible que estuviese allí.

Pero tampoco estaba. Los redactores del turno de la mañana no le habían visto. Tampoco le esperaban, porque Adams, como casi todos los pajarracos de los periódicos, se pasaba en pie toda la noche y luego dormía hasta las doce, si no le despertaban para algo importante.

Colgué completamente desanimado.

La verdad era que no me atrevía a dar un paso, sin contar antes a Adams lo que había pasado. No quería comprometerle con un acto imprudente. No quería hacer nada que pudiese parecer una traición hacia él.

Me vestí, desayuné frugalmente, tranquilicé a mi madre, que me veía más pálido que si hubiese estado bebiendo LSD con un botijo, y fui al despacho adonde había venido a buscarme Miriam la noche anterior.

La cinta magnetofónica estaba allí.

Menos mal.

No quería que se perdiese, de ningún modo.

Con gesto pensativo, la miré mientras encendía un cigarrillo. Estaba puesta en el aparato, de modo que podía reproducir el sonido, en cualquier momento. Podía oír el segundo relato que me sugería Adams, o mejor dicho que me sugería aquella voz desconocida, aquella voz de mujer que yo no había logrado identificar.

Pero no me atreví.

No sé qué diablos me pasaba.

Sin embargo, confío en que ustedes me entenderán.

Tenía la sensación de que dejando hablar a aquella voz, me enfrentaría a un misterio insondable, y que no haciéndola hablar, nada sucedería.

Pero, al fin, no pude más.

Necesitaba oír el segundo relato, necesitaba llegar hasta el maldito fin de aquel misterio.

Pulsé la tecla para poner en marcha el magnetófono.

La voz sonó de nuevo.

¿Green ustedes que aquella mujer desconocida me dio una idea

complicada? No... Era una idea sencilla, tanto, que yo pensé que tendría que adornarla un poco para que la acogieran en las exigentes páginas del *Washington Post*. La idea era ésta: se trataba de un delincuente que había sido denunciado por una mujer de buena familia con la que había tenido relaciones íntimas. La mujer de buena familia, llamada Margaret Robertson, deseando librarse de él, después de varias disputas, lo denunciaba y la policía le tendía una emboscada. Después de una tremenda persecución en coche, a través de las calles de Washington, el fugitivo acababa chocando contra un poste de gasolina y produciendo un incendio atroz. Morían dos personas, pero cuando la policía encontraba los restos del fugitivo, éste no era más que pura ceniza. Abultaba menos que un paquete de cigarrillos. Total, que lo daban por muerto y bien muerto.

Pero había existido un error. El difunto convertido en ceniza marca «Camel» no era el delincuente denunciado, sino un sinvergüenza que le había robado el coche. Un sinvergüenza tan reclamado por delitos de poca monta, que había decidido jugarse el tipo a fin de escapar de los seis años de cárcel como mínimo que le caerían si le echaban la zarpa encima los hombres de la ley.

Total, que el hombre denunciado estaba vivo.

Deseando vengarse de la mujer que le había enviado a la muerte, iba a la casa de ésta. Margaret Robertson vivía sola. Lo que quería era matarla. Mientras la esperaba, se servía un vaso del *whisky* que ella tenía en una alacena.

Ignoraba que Margaret Robertson estaba tan arrepentida de lo que había hecho, que ansiaba suicidarse. Había vertido veneno en el licor, para beberlo en cuanto volviese a casa, después de dictar testamento.

Y el fugitivo moría. Moría en la propia cama de Margaret Robertson.

Eso era todo.

La idea explicada así, simplemente, no tenía más datos. Luego tenía que ser la gracia del escritor la que le diese vida y lograrse forjar con todo aquello unos personajes de carne y hueso.

Yo no sé lo que pensarán ustedes de esta historia, pero a mí me pareció que, complicada, no lo era. Al menos la entendí desde el principio. Y tuve la sensación de que podría escribir con ella una

cosa bastante pasable para el *Washington Post*.

Me senté ante la máquina.

Quería concentrar mis pensamientos.

Quería salir adelante.

Lo necesitaba.

Si no encontraba trabajo pronto, me iría al diablo.

Volví a oír el relato, y apunté los datos antes de escribir. Empecé por el nombre:

Margaret Robertson.

Margaret Robertson... Margaret Robertson...

Cuando me di cuenta, lo había escrito tres veces.

Allí había algo que no encajaba.

Lo volví a escribir.

¿Qué diablos era lo que no encajaba?

Se trataba de un nombre vulgar, un nombre como otro cualquiera... ¿Por qué demonios me parecía ver allí algo que no marchaba normalmente?

De pronto, lancé una imprecación.

Claro, tenía que ser aquello.

Cuando uno da una idea para un relato, una sinopsis argumental para que la trabaje otro, no suele dar los nombres de los personajes. Los nombres son lo de menos. Sólo si alguno de ellos es verídico, lo da. Pero no cuando se trata de nombres imaginarios. ¿Por qué habían dado el de Margaret Robertson?

¿Quizá existía?

Me moví como un autómatas hacia la guía de teléfonos.

La mano que movió las hojas no parecía la mía.

Y la encontré. Sí, allí estaba: «Margaret Robertson, 289 de Virginia Boulevard». Marqué su número de teléfono.

Nada.

Silencio.

Nadie contestaba al otro lado de la línea en una casa que debía estar tan desierta como un cementerio a las doce de la noche.

Pero si Margaret Robertson existía de verdad, yo necesitaba verla antes de escribir una maldita línea. Por lo tanto, llamé a continuación a la pobre Miriam.

Hay que ver la paciencia que estaba teniendo conmigo.

Me contestó, con voz de sueño.

—¿Sí, John...?

—¿Cómo sabías que era yo?

—¿Y quién si no, me iba a llamar a casa sabiendo que hoy no he ido al trabajo? ¿Qué es lo que pasa, John?

—Verás... Necesito ir a cierta dirección de Virginia Boulevard. No puedo conducir, y si tomo un taxi tendré que dejarlo lejos, para no despertar sospechas. ¿Puedes llevarme tú?

Su voz sonó excitada:

—¿Es que ha vuelto a ocurrir algo?

—No. Es sólo una simple comprobación.

—Entonces, ¿por qué no quieres que nadie te vea? ¿Por qué hablas de sospechas?

—Puedes tranquilizarte, Miriam. Se trata de un presentimiento tonto, del cual nos olvidaremos pronto los dos. Pero no me puedo poner a trabajar si no verifico antes una cosa, y para verificarla, necesitaría tu ayuda. Bueno... Eso, si la policía no te está vigilando, claro. Si te vigilasen, sería peligroso.

—Espera.

Tardó unos minutos en regresar al auricular. Supuse que había estado mirando por la ventana.

—No se ve nada especial en la calle, John —musitó—, y, por otra parte, no hay motivo para que me vigilen. No hice más que descubrir un crimen. Pero, por si tienen controlado el coche, emplearé el de papá. Lo tiene en el garaje.

—Bien, gracias... Te espero en el sitio de anoche.

Miriam, con ojos cargados de sueño, no tardó en aparecer por el despacho. Realmente no supe qué decirle, pero ella ya se encargó de preguntármelo. Valientes son las mujeres para eso. Cuando llegamos a Virginia Boulevard ya conocía la segunda historia escuchada a través de la cinta y también le extrañaba que existiese, realmente, Margaret Robertson. Consideraba de igual modo que no era mala idea pasarnos discretamente por su casa.

Virginia Boulevard, por si no lo conocen ustedes, es una calle larga y tranquila, flanqueada de tilos, donde se alzan casas unifamiliares para la clase media. Son esas casas pagadas con créditos bancarios a veinte años, y que tanto efecto causan en los países europeos cuando se ven en las películas, puesto que todas tienen su garaje y su jardín. En Washington, realmente, la gente

tiene mejor gusto y no vive tan amontonada como en ciertas ciudades de Europa.

Pero aquella casa tenía algo de siniestro para mí, y no supe decir por qué. Tenía algo de vacío, de misterioso, de hostil.

Nos detuvimos a cierta distancia del edificio.

Ella me preguntó:

—¿Cuándo crees que vas a poder conducir?

—Imagino que dentro de poco. Mi pierna se va recuperando, y además no me han retirado el permiso. Por cierto, Tony Adams me dijo que había tenido dificultades con su licencia de conducción, pero no sé por qué.

—¿Habría atropellado a alguien?

—No creo... Bueno, en todo caso no tiene importancia. —Cambié de conversación—: La casa es aquélla, pero no creo que deba entrar yo, sin más ni más. Antes convendría que pidieras algunos informes sobre Margaret Robertson. Por ejemplo, en aquel supermercado.

—¿Informes? ¿Y con qué excusa?

—Di que vas a venderle, a plazos, una enciclopedia de gran precio, por ejemplo. Tú puedes pasar perfectamente por una comisionista de libros. Lo único que debes preguntar es si ella tiene domicilio fijo en esta calle. Seguro que te explicarán también alguna otra cosa, en cuanto empiecen a hablar.

Ella asintió.

—No sé qué demonios harías sin mí —dijo, mientras bajaba del coche.

—Casadme con una vietnamita —murmuré—. Hay algunas que te dan masaje y todo, antes de acostarse.

Menos mal que no me oyó.

Yo no hubiese podido huir de sus iras, teniendo la pata hecha trizas.

Cuando Miriam volvió, habían transcurrido unos diez minutos. Noté, en seguida, que estaba alarmada. Mientras se sentaba a mi lado, susurró:

—Pasa algo extraño, John.

—¿Algo extraño? ¿Qué es?

—Dicen que a Margaret Robertson se la llevaron hace dos semanas.

—¿Quién?

—Los empleados de una clínica mental.

—¿Pero por qué? Eso no tiene sentido...

—Cada día ingresan en las clínicas mentales, docenas de personas en este país, John. No veo que no tenga sentido. Pero lo que le ocurrió a esa mujer fue bastante espectacular, según dicen.

—¿En qué consistió?

—Tuvo un ataque en plena calle. Arremetió contra la gente del supermercado y empezó a romperlo todo. Tuvieron que llamar a los policías y mordió a dos de ellos. Se la llevaron casi a rastras porque no había otro remedio. Ya que no tiene parientes, la atienden en la Beneficencia Pública.

—¿Eso significa que está... chiflada?

—Loca de atar. Por lo menos lo estaba cuando se la llevaron, y aún debe estarlo puesto que no la han vuelto a traer.

Hice un gesto de preocupación, aunque aquello concordaba con el hecho de que no me hubiera contestado nadie, cuando yo telefoneé a la casa.

—De todos modos —dije, intentando animarme— la cosa tiene un cierto aspecto positivo. Puedo entrar en la casa con la seguridad de que no me molestarán.

—¿Pero vas a entrar?

—Pues claro...

—Eso es allanamiento de morada, John Milton Crave, o incluso, pueden pensar que has entrado para robar. Estando sin trabajo, pueden creer de ti cualquier cosa.

—Lo sé, pero de todos modos correré el riesgo —le dije—. Vigila tú desde el coche, por si alguien se acerca mientras estoy dentro. Si alguien llegara, haz sonar la bocina tres veces y lárgate hasta la esquina de Flower Road. Yo ya veré el modo de llegar hasta allí por mis propios medios.

No le dejé poner más objeciones. Antes de que pudiera hablar de nuevo, descendí del «Cobra» y me dirigí a la casa, dando un rodeo para no llamar la atención.

Vi que el buzón estaba lleno de periódicos atrasados. También sobresalía alguna carta que Margaret Robertson no se había ocupado de recoger. Eso significaba no sólo que estaba fuera, sino que no había venido nadie a la casa, en los últimos diez días.

Fui a la parte posterior del inmueble.

El sitio era muy solitario, por suerte para mí. Pasé a un jardín muy descuidado y maniobré en la puerta durante un par de minutos, corriendo el grave riesgo de que alguien me viese. Al fin, pude entrar.

Y, en seguida, noté aquello.

Aquel olor pestilente.

Vi algunas moscas grandes, como puños, lo cual me hizo sentir un brutal escalofrío en la espalda.

Pensé: «Dios santo...»

Dudo que en un momento así hubiera podido pensar otra cosa.

El olor me guió hasta el piso superior. Allí, las moscas aumentaban. Por suerte ninguna de ellas me buscó, porque, de lo contrario, creo que hubiese lanzado un alarido.

Desde la puerta del vestíbulo superior, lo vi.

No necesité ni entrar.

Sentí en los huesos el frío de la muerte, mientras mis pulmones parecían ir a estallar, de tanto contener en ellos el aire.

El hombre estaba muerto en la cama.

Debía llevar muerto desde que se llevaron a Margaret Robertson de allí. Estaba muerto en la propia cama de la mujer. Muerto, teniendo al lado una botella de *whisky*.

CAPÍTULO X

NUBES DE PESADILLA

Mientras permanecía quieto allí, como atontado, oyendo en torno mío el inquietante revolotear de las moscas, me di cuenta de que ahora sí que acababa de penetrar en el centro de aquel mundo del horror.

Como en el caso de la primera historia, esta segunda historia también era verdad.

Existía allí un horrible secreto que nadie conocía aún, pero que yo había llegado a descubrir.

Sentía una terrible náusea en mi garganta.

Pero los pensamientos volaban.

Ahora podía reproducir los hechos, con cierta exactitud. Debía ser cierto que Margaret Robertson había denunciado a su amante a la policía, después de tener alguna seria disputa con él. Debía ser cierto también lo de la dramática persecución en automóvil, hasta que el coche fugitivo se empotró en un poste de gasolina y se originó un incendio a causa del cual el perseguido se transformó en algo así como un paquete de cigarrillos ya fumado.

Por descontado, lo que la voz me había explicado en el magnetófono, era igualmente verdad. El hombre a quien perseguía la policía era un desgraciado que había robado el coche. El auténtico buscado, estaba vivo.

Y había ido a la casa de Margaret para vengarse.

Se había servido, mientras tanto, un vaso de *whisky*.

Ignoraba que Margaret Robertson estaba desesperada, después de lo que había hecho. Ignoraba que se hallaba dispuesta a poner fin a su vida con un veneno vertido precisamente en aquel licor.

Lo demás era fácil de adivinar.

La llegada de Margaret Robertson al hogar, después de dictar testamento.

El encuentro con la muerte, aquel encuentro que para ella debió resultar alucinante.

Y su salida a la calle convertida en una loca, su llegada al supermercado, donde empezó a chillar y a golpear a todo el mundo. Margaret Robertson se había transformado en una pobre loca.

Y yo iba a seguir el mismo camino si seguía allí.

Mis piernas vacilaban.

Volví la espalda y descendí poco a poco, por las escaleras, procurando dominar mis nervios. Menos mal que en el Vietnam había visto ya cadáveres en trance de descomposición y eso me permitió aguantar más que otros hombres. De todos modos, cuando estuve de nuevo al aire libre, respiré tan ansiosamente que mi cerebro pareció nublarse.

Lo dejé todo tal como estaba.

Nadie me había visto.

Pero debía andar como un borracho al acercarme de nuevo al «Cobra», porque Miriam me preguntó inquieta:

—¿Qué te pasa?

—Vámonos de aquí —dije, derrumbándome sobre el asiento—. No quiero estar a menos de cien millas de esta maldita calle.

Mientras nos alejábamos en dirección al centro, ella tuvo la prudencia de no hacerme ninguna pregunta. También tuvo la prudencia de detenerse ante un bar donde tenían licencia para expender bebidas alcohólicas. Todavía no sé cómo, me encontré ante la barra, en un sitio bastante apartado y donde no podía oírlos nadie.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó, en un susurro.

—Cualquier cosa, menos *whisky*.

—¿Hace una ginebra?

—La más fuerte que tengan.

—¿Qué ha pasado, John? Por favor, dímelo. ¿Qué ha pasado...?

En voz muy baja y con frases lo más concisa posible le narré lo que había visto en la casa. Ella se puso a temblar de tal modo, que el vaso por poco resbala de entre sus dedos.

—Pero, John... —gimió—. ¡Eso es horrible...!

—No sé qué adjetivo aplicarle. Lo único que sé es que aquellas

dos historias han resultado auténticas.

—¿Pero por qué...?

—¿Y cómo quieres que lo sepa, Miriam? Si lo supiera, quizá tendría la respuesta a otras preguntas que no me atrevo ni a hacerme.

Noté que vacilaba. Bebió con avidez la ginebra que también había pedido.

—Sólo hay una solución —dijo, cuando pudo respirar de nuevo.

—¿Cuál? Porque supongo que te refieres a ir a ver a Tony Adams.

—Sí. Ir a ver a Tony Adams.

—Estaba pensando en lo mismo. Larguémonos.

Pagamos y volvimos a rodar en el «Cobra» hasta la sede del *Washington Post*. Yo ya había perdido la noción del tiempo. No tenía apetito, no tenía sed, no tenía sueño, no tenía cuerpo. Andando dentro de mi propio fantasma, pregunté a un empleado si había llegado ya Tony Adams.

—No, señor, aunque a estas horas tampoco suele estar aquí. De todos modos, nadie puede garantizar que venga, sobre todo si está siguiendo alguna información.

—Gracias. ¿Puedo ver la colección de periódicos atrasados?

—Naturalmente. Tenga la bondad de pasar a aquella sala.

Miré los ejemplares correspondientes a las fechas en que Margaret Robertson había sido llevada a la clínica psiquiátrica. Y me di cuenta, entonces —por si tenía alguna duda—, de que todo era una espantosa verdad.

Un delincuente llamado Evans había sido objeto de una cinematográfica persecución después de una denuncia anónima recibida por la policía.

Se le acusaba de dos atracos en Nueva York.

Tras mil peripecias, Evans se había estrellado en su coche contra un poste de gasolina. El relato detallaba muy bien los daños causados y las víctimas. Por lo visto, había sido un auténtico desastre, de ésos a los que, sin embargo, la gente de las grandes ciudades termina acostumbrándose.

El caso era que a Evans se le consideraba muerto.

El ejemplar de un día después, daba también la noticia de un altercado sin importancia en un supermercado de Virginia

Boulevard. Era una de esas noticias en las que la gente apenas se fija. Una vecina del lugar, llamada Margaret Robertson, había entrado allí destrozando lo que tenía a su alcance y dando evidentes signos de trastorno mental. Tuvo que ser reducida por la policía y trasladada a una clínica psiquiátrica.

Allí se cerraba el asunto.

Nadie sabía que el cadáver de Evans estaba muy lejos de corresponder al puñado de cenizas que se recogieron en el coche.

Nadie sabía que el auténtico fugitivo estaba en la cama de Margaret Robertson, convertido ya en una piltrafa que se descomponía hora a hora.

Volví a sentir una especie de náusea.

—Vámonos de aquí, Miriam.

—¿Qué..., qué crees que debemos hacer?

—No lo sé. Por mi gusto me iría de Washington, me hundiría en cualquier sitio del que ignorara hasta el nombre, y me olvidaría de esta pesadilla.

Me apretó la mano con fuerza, mientras conducía con la izquierda a través del tráfico de la capital, muy intenso a aquella hora.

—¿Y por qué no lo hacemos, John? Yo estoy dispuesta a todo...

Dulce mujercita que había sido mi único consuelo en aquellos momentos trágicos... Les confieso que casi me conmovió. Hubiera sido dulce, muy dulce, ocultarse en cualquier lugar desconocido con la sola compañía de Miriam.

Pero moví la cabeza negativamente.

—No puede ser —dije—. He de avisar a Tony Adams, como sea. No puedo traicionarle. El tiene que saber que todo esto es verdad.

—Déjale una nota...

—¿Una nota? ¿Para qué? ¿Para qué tal vez la lea alguien que no sea él?

Y miré hacia atrás.

Fue casualidad.

¿O no lo fue?

¿Por qué tuve la sensación de que aquel «Oldsmobile» color café lo había visto antes? ¿Por qué tuve la sensación de que estaba apostado ante mi casa, cuando salí de allí? ¿Por qué empecé a tener la brusca sensación de que no nos encontrábamos solos en todo

aquello y de que alguien nos estaba siguiendo?

CAPÍTULO XI

¿ P O R Q U E?

La empleada subió hasta el tejado con los dos hombres, y les dijo amablemente:

—¿Ven? Todo el sistema es absolutamente hermético. No se produce la menor contaminación. La expulsión de humo está controlada también, de modo que no molestamos a nadie. No comprendo quién puede habernos denunciado por eso.

La casa era alta, más alta que las otras, y la chimenea, evidentemente, no podía molestar a nadie. Desde el tejado, una escalerilla llevaba al tejado vecino, y desde éste a los otros, de forma que uno podía llegar fácilmente por allí, al lado opuesto de la calle. En la tranquilidad de la tarde se tenía, allí, una gran sensación de paz, como si la agitación de la capital, que ya empezaba a ser demasiado grande, no llegase hasta aquélla altura.

Como si no hubiera existido nunca.

Los dos hombres asintieron a la vez.

Miraron a la chica.

Era muy bonita.

Buenas caderas de potranca joven, sólidas piernas, labios pulposos que parecían haber sido hechos para inventar diabluras.

Ella musitó:

—Bueno... Si no tienen nada más que inspeccionar...

—Nada más. ¿Firmará usted el acta?

—¿Es necesario?

—Sí. Tenemos que llevarla al municipio, para acreditar que la inspección se ha hecho, aunque no haya sanción alguna.

—De acuerdo. La firmaré yo, aunque no soy la dueña. Y ahora

pueden descender si quieren. Cuidado con las escaleras.

—Gracias.

La chica tuvo un estremecimiento, y no supo por qué. Quizá era porque una ráfaga de aire frío le acababa de dar en la cara. O porque acababan de encenderse las luces en las grandes avenidas de la ciudad, de modo que aquel conjunto de luminarias rodeadas por grandes manchas negras, hacía que todo adquiriera un aire triste, entre irreal y hostil.

Puso los pies en el primer peldaño.

Deseaba salir de allí, abandonar aquella soledad. No le gustaban los dos hombres que la habían hecho subir hasta el tejado para examinar los sistemas anticontaminación, aunque hubiera sido incapaz de decir en qué se basaba para ello.

De pronto, unas manos la apresaron.

Se posaron en una parte muy peculiar de su bonita anatomía. La chica tuvo un estremecimiento de miedo y de asco, mientras gruñía:

—Idiotas...

Sabía de algunas mujeres que habían sido violadas, no ya en los solitarios parques, sino en los tejados de Washington. Pero estaban borrachos aquellos dos cerdos, si pensaban que luego iban a poder salir de allí.

—No seáis imbéciles —masculló—. Ni soy tan joven como pensáis ni vais a poder escapar de aquí si yo sufro el menor daño. Dejadme en paz de una maldita vez. No os denunciaré por haberos hecho pasar como inspectores municipales si no me causáis molestias.

Ninguno de los dos tipos contestó.

Seguían con las manos puestas en sitios muy comprometedores de la interesante anatomía de la muchacha.

Ella tuvo miedo, verdadero miedo.

Pensó que quizá sí. Pensó que tal vez aquellos hijos de perra podrían hacer con ella, cualquier cosa.

Fue a chillar.

Y, de pronto, tuvo una sorpresa brutal.

Angustiosa.

Lacerante...

Porque aquellos dos hombres no querían su cuerpo. Querían...
¡su vida!

La muchacha miró, como obsesionada, la larga cinta de seda, ya con el nudo hecho, como si se tratara de una sogá, que uno de los dos hombres hacía pasar inexplicablemente por delante de sus ojos.

Gimió:

—Dios santo...

No entendía por qué querían matarla.

No había visto a aquellos dos tipos, jamás. No podían tener nada contra ella. Tampoco le daban la sensación de ser unos locos.

Pero entonces...

... ¿Por qué?

La muchacha apenas pudo lanzar un gemido.

Inexplicablemente, aquella sólida cinta de seda había pasado en torno a su cuello. Le pareció que aquello era una pesadilla que afectaba a otra mujer. A ella no podía pasarle eso... No podía pasarle... No podía pasar... De pronto, sus pensamientos se detuvieron.

Tuvo la sensación de que toda su sangre; todas las fuerzas de su vida se agolpaban en sus ojos.

De que su cerebro iba a estallar.

De que volaba...

Realmente sus sentidos no la engañaban, aún. La sensación de estar volando, era espantosamente cierta.

Los dos hombres la habían lanzado por encima de la barandilla, en la parte que daba al patio interior del hotel. La chica quedó colgada de la cinta de seda, a la altura de la ventana más elevada.

Aún pateó brevemente unos instantes.

Estuvo a punto de romper los cristales de aquella ventana, pero las puntas de sus pies chocaron con la pared.

Desesperadamente, se llevó los dedos a la sogá, intentando arrancarla de allí. Pero ya fue inútil. Las fuerzas la abandonaron tras dos dolorosos espasmos. Todo su cuerpo se tensó antes de quedar espantosamente quieto.

Sus ojos desencajados miraban al vacío.

En ellos padecía flotar una última, una angustiosa, una desesperada pregunta. Una interrogación que aún no tenía respuesta:

¿Por qué...?

CAPÍTULO XII

UNA HABITACIÓN CON VISTAS

Poco después, dos hombres que habían ido saltando por los tejados hasta llegar a la escalera de emergencias, salían a la calle a la altura de la Cuarta Avenida, en el centro de Washington. Se frotaron las manos y desaparecieron entre el bullicio de gente que deambulaba para hacer las últimas compras del día.

Poco más tarde también un «Cobra» que años antes había llamado la atención, pero que ahora ya estaba muy tronado, dobló la esquina y se detuvo en un espacio libre que inexplicablemente aparecía al alcance de sus ruedas. Encontrar un puesto para aparcar en el centro de Washington y cuando todo el mundo iba de compras, era un pequeño milagro. Miriam se situó allí, con habilidad, y vio pasar de largo al coche color café que los había estado siguiendo. Dos hombres desconocidos nos miraron de reojo, desde la ventanilla, al pasar de largo.

—Ahora sí que tengo la completa seguridad de que nos han estado siguiendo —dijo—. Pero lo raro es que a esos buitres no les había visto nunca.

—¿Serán policías?

—No creo. Los policías tienen mala pinta, a veces, pero en éstos hay algo de especial. Además no creo que los de la bofia se comportaran de ese modo.

Miriam temblaba.

Noté que estaba a punto de perder los nervios.

—No te preocupes —dije, para tranquilizarla—. No pueden hacer nada en plena calle, ni creo que lo intenten. Es más, ahora nos han perdido de vista porque tendrán que dar un rodeo antes de volver aquí.

—¿Y si nos marchamos nosotros también?

—Tendríamos que dar el mismo rodeo, es decir iríamos detrás suyo y quizá nos verían por el retrovisor. Aquí, la circulación tiene un solo sentido. Lo que hemos de hacer es escabullimos a pie.

—¿Adónde?

—A algún sitio desde donde podamos ver si siguen vigilando el coche o si registran algo.

Miré pensativamente en tomo mío. Había tres hoteles en las cercanías. Para llegar a uno de ellos, sólo teníamos que cruzar la calle.

—¿Puedes fiarte de mí, Miriam? —susurré.

—Claro que puedo fiarme... ¿Por qué preguntas eso?

—Porque vamos a alquilar una habitación de ese hotel, como si fuéramos dos tórtolos. Si tenemos suerte conseguiremos una ventana que dé a esta calle.

Ella asintió.

Salimos.

Nunca sabrá Miriam lo mucho que le agradecí aquel momento de confianza. Esas cosas se sabe cómo empiezan, pero nunca se sabe cómo terminan. Y Miriam no ignoraba eso. Sin embargo, no vaciló.

Como en la mayoría de los hoteles norteamericanos, no pusieron ninguna dificultad a que alquiláramos una habitación. Debieron pensar que éramos estudiantes que vivíamos juntos. Eso sí, nos soplaron veinte dólares por el cuarto. Yo dije que, si era posible, lo quería con vistas a la calle.

El conserje me miró un poco extrañado.

«Yo creí que este tipo quería ver la chica, no la calle», debió pensar.

Pero nos dio una habitación en el último piso, que tenía dos ventanas. Entramos en ella.

Reconozco que era bastante acogedora.

Las dos ventanas estabas a ciegas, a causa de las cortinillas que las tapaban por completo.

Todo aquello ofrecía un cierto aire de complicidad, de intimidad que invitaba a que allí pasaran cosas.

Ella musitó:

—John...

Yo la besé.

Sentía necesidad de hacerlo.

Sentía necesidad de su cuerpo tibio, después de todo lo que había llegado a ocurrir.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, besándonos, diciéndonos al oído esas cosas que quizá no tengan sentido en sí mismas, pero que marcan la vida de tantos seres. No sé si reaccionamos porque oímos los bocinazos en la calle, o porque la sensación del peligro volvió a nosotros.

—El coche —dije—. Hemos de ver si esos tipos están abajo.

Alcé la persianilla que tapaba la ventana correspondiente a la calle. Desde aquella altura tenía una panorámica perfecta de todo lo que pasaba. Me di cuenta de que los bocinazos obedecían a que el coche color café pasaba a muy poca velocidad junto al nuestro, originando la impaciencia de los que venían detrás.

—Esos buitres las pasan moradas —dije—. No hay duda de que nos siguen, pero no tienen idea de dónde podemos estar. En esta zona hay docenas de tiendas, unos grandes almacenes, tres hoteles y un cine. Si empiezan a investigar, no nos encuentran en toda la noche.

—Pero dejarán a alguien vigilando el «Cobra»...

—Que lo dejen. Nosotros nos largaremos del hotel cuando salga algún grupo de viajeros, importante. Dentro de un par de días, vendremos a por el coche.

—Es una buena idea, John, pero mientras tanto, ¿qué?

—Mientras tanto, habrá que esperar.

Miriam hizo un guiño de complicidad.

—De acuerdo —dijo—. Entonces esperemos...

Y se sentó en un borde de la cama.

Me miraba con dulzura.

Sus ojos quietos estaban llenos de promesas.

Yo dejé alzada la cortina de la ventana que daba a la calle, puesto que nadie podía vernos a aquella altura, y me dirigí a la otra ventana. Quería asegurar la cortina bien, porque desde aquel otro lado quizá sí que podrían vernos si esa cortina se alzaba de repente.

Para asegurarla, la subí un poco.

Luego fui a bajarla.

Pero ya no pude.

Mi mano parecía haberse paralizado en el aire. De repente, el

aire quemaba en mis pulmones.

Una sensación de frío mortal penetraba en mis huesos.

Porque allí estaba la cabeza.

Allí estaba la cabeza de la mujer ahorcada con, una cinta de seda...

CAPÍTULO XIII

LAS BRUMAS DEL MÁS ALLÁ

Miriam lo había visto también. Lo había visto de la misma forma que yo, pero demostró tener una sangre fría tan admirable, que me dejó anonadado. No chilló. Se limitó a llevarse los dedos a la boca mientras decía con un soplo de voz:

—John...

Yo alcé del todo la cortina.

En aquellos momentos no pensaba nada, en aquellos momentos era como mi propio fantasma.

Vi entonces el espectáculo en todo su frío horror.

La mujer, que era bastante joven y bastante bonita, tenía los ojos espantosamente abiertos. Su boca también estaba abierta y por ella sobresalía parte de la lengua. La muerte debía haber sido dolorosa, pero sobre el dolor, sobre la angustia, predominaba en su rostro una sola cosa: la sorpresa.

No sabía por qué había muerto.

Y ya no lo sabría jamás.

Igual que en una fotografía ampliada a enorme tamaño, observé los detalles del vestido de aquella mujer. Usaba una falda negra y un jersey gris. La falda estaba rota a causa de la caída, y mostraba parte de las medias color humo. Llevaba los zapatos puestos; ninguno de los dos había caído. Como detalle de color, usaba un pañuelo rojo anudado al cuello graciosamente. Pero al intentar arrancarse la cinta que la ahogaba, había aflojado aquel pañuelo también. Éste, completamente desanudado, resbalaba por su cuello a punto de caer al vacío.

No sé por qué tuve la brusca sensación de que había de evitar aquello. No quería que el pañuelo cayera, como si su caída hubiese

de comprometerme. De modo que alcé la ventana de guillotina y traté de sujetar aquella prenda, pero ya no llegué a tiempo. Precisamente fue la suave corriente de aire que yo originé lo que hizo que el pañuelo rojo acabara de moverse, resbalando por encima del cuello y cayendo hasta el fondo del patio interior, sin que mi mano, demasiado nerviosa, consiguiera cazarlo al vuelo.

Seguidamente cerré la ventana y bajé la persianilla de cuero. Afortunadamente, dejamos de ver aquel siniestro espectáculo. Ya no podíamos soportarlo más.

Noté que Miriam iba a chillar.

Le di una bofetada quizá más fuerte de lo que hubiese debido. Reaccionó con un gemido, pero no hizo nada más. Pude evitar que pusiera en conmoción a toda aquella parte del hotel.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, mirándonos obsesionados, como si cada uno fuera una visión irreal, una especie de aparición para el otro.

Al fin Miriam, susurró:

—Todo esto no... no tiene sentido... Es... es... una pesadilla...

—No, Miriam. Es algo que existe.

—Pero...

—Ya sé lo que vas a decir. No tiene sentido, ¿verdad? Nada de lo que está ocurriendo tiene ningún sentido.

—Vámonos de aquí...

—Espera —dije.

—¿Esperar a qué? ¿A que nos detengan?

—Por lo menos hay que evitar llamar la atención. Crean que hemos venido aquí para divertirnos un rato. Eso presupone... Bueno, pongamos media hora.

—Eres un cínico, John.

—Estoy hablando solamente de lo que pensarán los otros.

—Está bien... Sigue.

—Si salimos antes de media hora se sorprenderán. Por lo tanto, hay que hacerlo transcurrido ese plazo.

—Bien.

—Hemos tenido la suerte de firmar con nombres falsos en el libro de registro, por si esos que nos siguen, nos conocían y empezaban a hurgar en los tres hoteles de la calle. Lo he hecho para que no encontraran ningún rastro fácil, pero ahora me doy cuenta

de que hemos tenido suerte, por otro lado. La policía conocerá nuestra descripción, pero no nuestros verdaderos nombres.

—¿Es que... crees que nos acusarán de...?

La sola idea la horrorizaba.

Yo musité:

—Es posible. Por supuesto, somos inocentes y lo demostraremos, pero hay que dejar un poco de margen de tiempo para que la policía encuentre a los verdaderos culpables. Seguro que no somos nosotros los únicos que hemos estado aquí. De modo que no haré ninguna denuncia hasta mañana por lo menos, si no me atrapan antes.

—John, todo esto es... es...

—Sí, ya sé; es horrible. Pero nos está sucediendo a nosotros y somos nosotros quienes lo hemos de resolver. Ahora hay que organizar las cosas como si no hubiéramos visto nada.

Ella asintió.

Se dejaba conducir por mí. Se abandonaba por completo en mis manos.

Pero demostró tener sentido práctico, después de todo. Las preguntas que me hizo estaban llenas de sentido común.

—¿Y si alguien descubre a esa mujer mientras tanto?

—No es fácil.

—¿Por qué?

—Esa ventana da a un patio interior y es la más alta. No hay ninguna otra enfrente ni a los lados, según he visto. Para distinguir a la mujer, tendría que abrir alguien una ventana de abajo, asomarse y mirar hacia arriba. ¿Por qué iba a hacerlo? Las posibilidades de que eso ocurra en la próxima media hora son mínimas.

—¿Desde dónde está colgada esa mujer?

—Desde la barandilla del tejado, seguro.

—¿Y el pañuelo que hay abajo? Me refiero al pañuelo rojo que se le ha caído. ¿Qué pasará si lo encuentran?

—Hay que correr ese riesgo, pero no creo que nadie salga al patio interior cuando ya ha cerrado la noche.

Y miré mi reloj.

La impaciencia me consumía.

Con los nervios tensos, juntos los dos, pero sin pensar en

nuestros cuerpos, aguardamos unos veinte minutos.

Mirábamos, como obsesionados, la persianilla que tapaba la ventana. A cada momento temíamos oír un alarido que pusiera en conmoción el hotel entero.

Pero nada sucedió. Sólo nosotros notábamos aquel silencio agobiante y notábamos el peso —como si lo tuvieran— de las gotitas de sudor que perlaban nuestras frentes. Al fin, ya no pudimos más.

—Vamos.

Salimos, después de cerrar cuidadosamente. Miriam demostró tener más serenidad de la que yo pensaba. Adoptó con la mayor naturalidad un aire de chica preocupada porque acababa de entregar algo muy importante y, al mismo tiempo, feliz, porque lo ha entregado gustosamente. Consiguió que el hombre que nos había entregado las llaves de la habitación nos mirase con envidia, como si pensara: «¡Qué tíos!». Y eso era verdad. Vaya «tíos» estábamos hechos los dos.

—¿Volverán más tarde? —preguntó—. La habitación está alquilada por veinticuatro horas.

—Claro que volveremos —dije, con la mayor naturalidad—. ¿Hay restaurante?

—Sí. En el primer piso.

—Gracias. Oiga... ¿La habitación ha estado alquilada hoy a alguna otra persona?

—¿Por qué, señor? ¿Ha encontrado algo que no estuviera conforme?

—No, pero había en el cuarto de baño una barrita de *rouge* para los labios —mentí—. ¿Debo dejarla allí?

—Es extraño, señor. La habitación lleva dos días desalquilada, y por supuesto no ha estado en ella ninguna mujer. Diré a Berthie que la retire.

—Oh, no, por favor... —pedí temblando.

Si alguien entraba allí en las próximas horas, estábamos perdidos.

Pero el empleado ya se había vuelto hacia un compañero. Con un gesto de preocupación, preguntó:

—¿Dónde está Berthie? Hace rato que no la veo.

—Debe estar discutiendo con dos inspectores municipales que

han venido por una denuncia de humos —contestó el otro—. Han subido al terrado, hace cuestión de media hora. ¿La busco?

—No. Déjalo. Berthie ya vendrá por aquí en cuanto haya terminado.

Y me sonrió.

—Su asunto será resuelto, señor —prometió sin demasiado interés.

—No se moleste —dije—. No tiene importancia.

Adiviné que dos minutos después se habría olvidado del asunto. Por suerte, claro. Tiré del brazo de Miriam y salimos de allí aprovechando que en aquel momento llegaba al hotel un autocar lleno de turistas japoneses. No sé si ustedes lo habrán observado ya, pero el mundo de hoy día está lleno de japoneses que viajan, y como son tantos, y van siempre juntos, originan un pequeño tapón allí donde llegan.

Si alguien vigilaba el «Cobra» no nos vio.

—Disponemos de casi veinticuatro horas —dije a Miriam—, aunque lo más fácil es que busquen a Berthie mucho antes. Porque ahora ya sabemos bastante más: se llamaba Berthie y era empleada de este hotel.

—Y la han ahorcado dos fulanos que se han hecho pasar por inspectores municipales.

Pero todo eso, ¿por qué...?

—¿Cómo voy a saberlo, Miriam?

—Alejémonos... Por Dios, vámonos de Washington.

—No es que yo piense lo contrario. Pero hay dos inconvenientes.

—¿Cuáles?

—El primero de ellos, que tengo que hablar con Tony Adams como sea. De un modo u otro, esto está relacionado con él. O al menos, tiene que saberlo.

—De acuerdo. Eso lo solucionamos en cinco minutos, porque ya debe haber ido al periódico. ¿Y el otro inconveniente?

—El coche.

—¿Qué quieres decir?

—Diablo, la cosa está clara. Hemos dado nombres falsos en el hotel, pero tienen nuestra descripción. Lo primero que se preguntará la policía es cómo hemos llegado allí. Investigarán con los taxistas que hayan hecho servicios a ese sitio. Y mientras se

estén dedicando a eso verán delante de sus narices un «Cobra» que lleva allí, parado, más de veinticuatro horas. ¿Qué cuerno crees que harán? Me juego las dos manos a que lo abren y miran quién es el dueño. O telefonean a Tráfico para saberlo. Y se encuentran con tu nombrecito y con una cara que corresponde exactamente a la descripción que les han dado. ¿Qué te parece?

Noté que a Miriam le parecía cualquier cosa, menos bien.

Bisbiseó:

—Entonces, ¿qué hacemos? Porque no hay duda de que los del «Oldsmobile» color café siguen vigilando el «Cobra».

—Seguro.

—Tienes que dar con alguna solución, John.

—Esperemos a la noche. Cuando la calle esté vacía será más fácil ver quién vigila. Y, según donde esté, me lo cargo mientras tú huyes. Sé de algunos golpecitos que no matan, pero te juro que quitan el dolor de muelas.

Tomamos un autobús para que ningún taxista nos identificara y, además, yo me apeé en una parada y ella en otra. Nos encontramos a poca distancia del despacho que me había prestado mi amigo.

—Llamaremos desde allí —dije—. Una conversación larga no se puede sostener a base de monedas desde un teléfono público.

Entramos en el despacho y serví un poco de licor para los dos. Luego marqué el número de la redacción del *Washington Post*.

Allí, yo ya empezaba a ser como de la familia.

Una voz algo cansada me contestó sobre el inevitable fondo del bullicio y las conversaciones disparadas, que suelen darse en todas las redacciones del mundo.

—Quisiera hablar con el señor Adams —pedí.

—¿El señor Adams? Espere.

Tardaron algo en volver a tomar el auricular. Luego la misma voz me dijo, con acento cansino:

—Lo siento, no ha venido.

Me estremecí.

¿Qué diablos pasaba con Tony Adams? ¿Por qué parecía como si se lo hubiese tragado la tierra?

—¿Está seguro? —musité.

—Y tan seguro... Me acaban de decir que, justamente, ha venido el gestor que le arregla lo de la renovación de su permiso de

conducir y no lo ha encontrado. Y eso que Adams tenía interés en verle. Le aseguro que no está.

—Perdone que insista, aun a riesgo de parecer pesado..., pero es importante. A esta hora suele trabajar ya en el periódico, ¿no?

—En efecto, a menos que siga una pista importante. Pero entonces, telefonea.

—¿Ha telefoneado?

—Eso no lo sé.

—Por favor, indáguelo. No se lo tome a mal, pero es muy importante. Soy un compañero del *Christian Science Monitor* y quiero darle una noticia en exclusiva.

—De acuerdo... Preguntaré. Espere.

El hombre con quién hablaba, no se separó del aparato. Oí que hablaba por otra línea con alguien que debía ser la telefonista.

Su voz llegó con perfecta claridad, a pesar de que él debía estar tapando un poco mi micro:

—Oye, chata, cachonda, reina, dime dos cosas: cuándo cenamos juntos y cuándo ha telefoneado Adams.

—...

—¿Que no ha telefoneado Adams?

—...

—Pues es extraño. A estas horas siempre sabemos algo de él... ¿Has llamado a su casa?

—...

—¿Y tampoco está? Bueno, debe ir detrás de alguna chica... Suerte que tiene. ¿Que no es un golfo como yo, dices? ¿Y que él quería a su mujer? Bueno, chica, yo también quiero a mi mujer, y la prueba es que le he pagado más cenas que a ti. ¡Y cómo traga...! Bueno, gracias, chata. Hasta pronto.

Miriam oía todo aquello por el supletorio. Se le notaba muy nerviosa. Con un gesto maquinal, mientras esperábamos, puso en marcha el magnetófono.

La voz suave, pastosa, de la mujer desconocida, volvió a sonar en la habitación.

Desde el *Washington Post* me dijeron:

—Lo siento, pero Adams no está en ningún rincón de la casa, ni ha llamado. Debe seguir alguna información que le interesa mucho. Si quiere usted probar más tarde...

—De acuerdo. Gracias.

Iba a colgar, cuando el otro dijo, de pronto:

—¡Eh!, compañero.

—¿Qué pasa?

—Dí que se ponga Viveca Donovan.

—¿Quién...?

—Viveca Donovan, hombre. Me gustaría hablar con ella.

—Pero si no está aquí...

—¿Cómo, que no está ahí? No me fastidies, hombre... ¡Si la estoy oyendo hablar...!

Me estremecí, un momento.

Miré como aturdido en torno mío.

Y mis ojos se posaron en el magnetófono que estaba funcionando. Con un movimiento lleno de pesadumbre, corté la voz. Luego dije, al hombre del *Washington Post*:

—No es Viveca Donovan realmente, sino una retransmisión con su voz. Le hice una entrevista hace dos semanas en... en Cleveland.

Lo mismo me daba una ciudad que otra. Confié en no equivocarme. Pero lo que extrañó a mi interlocutor no fue el lugar geográfico, sino la fecha en que yo había realizado la supuesta entrevista.

—¿Dos semanas? —murmuró—. Pues sí que se ha recuperado pronto...

—¿Recuperado?

—Sí, hombre. No sé si te lo diría. Pero hace dos semanas debía estar convaleciente de una operación que le practicaron en Boston. No creí que recobrara tan pronto la fuerza de su voz, que es inconfundible. En fin, celebro que Viveca vuelva a estar bien. Es la caza-noticias más lista de Estados Unidos. Si vuelves a verla, dale recuerdos de Sullivan, el que la ha invitado a cenar doscientas veces, sin conseguir nada de ella. *Ciao*.

Y colgó.

Yo hice lo mismo.

Miraba como hipnotizado el magnetófono.

Al fin, musité:

—Ya sabemos de quién es esa voz, Miriam. La voz de la mujer que ha grabado esas ideas. Se llama Viveca Donovan y es una periodista muy audaz, por lo que parece. Hace poco la operaron en

Boston.

—No creo que eso resuelva nuestros problemas —dijo Miriam, quitando importancia a la cosa—. Que la voz sea del propio Adams, de una mujer llamada Viveca Donovan o del bocazas de Cassius Clay, nosotras seguimos igual.

—Puede que sí —dije—. Porque el verdadero problema consiste en esta pregunta:

¿Dónde demonios está ahora Tony Adams?

Dimos por descontado que no íbamos a encontrar respuesta.

Y fue entonces cuando Miriam me demostró que me quería, realmente. Fue entonces cuando me consoló, cuando me tranquilizó con la única arma efectiva que para consolar y tranquilizar tiene una mujer. Fue entonces cuando cayó en mis brazos mientras susurraba:

—Bueno, y a nosotros, Tony Adams y todos esos muertos..., ¿qué nos importan?

CAPÍTULO XIV

EL HOMBRE QUE LO SABÍA TODO

No sé verdaderamente qué hora era ya, cuando telefoneé de nuevo al *Washington Post*. Miriam, medio dormida, ronroneó a mi lado cuando me incorporé un poco para marcar el número. Tenía una expresión plácida, tranquila, como de niña satisfecha. Yo creo que no llegó a oír mi voz, mientras hablaba con el hombre que me contestó desde el otro lado del cable.

—Quisiera saber si ha venido Tony Adams —dije—. Por favor, es importante. He estado llamando toda la tarde.

—¿Tony Adams...? Un momento, espere. Creo que sí, que ha venido. Mejor dicho, es seguro que sí. Aguarde.

Renació en mí la esperanza. Por fin las cosas se normalizaban, aunque fuese un poco, ¡qué demonios! Después de hablar con Tony Adams, quizá verías las cosas con mucha mayor claridad.

Pero al cabo de unos instantes tuve otro desengaño.

La voz dijo, quedamente:

—Perdone, pero no ha venido. Como soy el redactor de guardia y no he estado antes, no me había enterado.

—Pero usted me acaba de decir que sí...

—Cierto, pero si se lo he dicho ha sido porque acababa de ver su información en las pruebas de imprenta. Me refiero a una información espléndida de Tony Adams que tendremos en exclusiva para la edición que ya está en máquinas. Por eso creí que había venido, pero me acaban de decir que envió el reportaje por medio de un mensajero.

Vacilé un momento.

—Bien... —dije—, al menos eso significa que a Tony Adams no le ha pasado nada... Quiere decir que sigue trabajando

normalmente.

—¿Y por qué no iba a trabajar? ¿Qué remedio nos queda, a los pobres diablos? ¿Y qué es lo que había de pasarle?

—Nada... En fin, como no había comparecido en muchas horas, yo había temido incluso un accidente. No sabe lo mucho que me ha tranquilizado usted. Gracias.

Y colgué.

La verdad, es que me sentía mucho más tranquilo. Ahora podía llamar a Tony Adams a su casa, puesto que era seguro que habría vuelto allí.

Lo hice.

Pero nadie contestó.

El timbre sonó insistentemente, una y otra vez, en las habitaciones vacías.

Al fin, desalentado, dejé de llamar. Tampoco resultaba tan ilógica la cosa, al fin y al cabo. Mejor dicho, era normal. Si las informaciones enviadas por Adams eran tan sensacionales, y si por conseguirlas no había tenido tiempo ni de acercarse personalmente al periódico, nada tenía de extraño que siguiera detrás de ellas, para ampliar datos. El pobre diablo no habría ido a dormir aún ni, posiblemente, iría en toda la noche.

Miriam se despezó un poco, mientras susurraba:

¿Pero a qué vienen tantas llamadas? ¿Qué haces? ¿Llamar a otra?

Aunque quisiera no podría —dije, bajando la voz—. Iba a hacer el ridículo, nena...

A la mañana siguiente, apenas los primeros síntomas de animación empezaban a manifestarse por el barrio, salté de la cama, me arreglé y bajé a la calle. En el puesto de venta de periódicos más cercano compré el *Washington Post*.

Y quedé estremecido.

Evidentemente, la información que daba Tony Adams de todo aquello era sensacional.

Su firma al pie del reportaje, avalaba dos de las informaciones más completas que yo he podido leer sobre dos crímenes.

Dos crímenes en los que, de un modo u otro, nos encontrábamos envueltos nosotros...

Mientras caminaba poco a poco hacia el despacho, leí la información del primero. Se trataba del hombre al que habían hallado muerto junto a la vía del ferrocarril urbano.

Aqué! cuya sangre nos cayó sobre el parabrisas, como una maldición del cielo. Casi no podía creer lo que leía.

¿Cómo demonios podía saber Adams tantas cosas?

Desde la situación exacta de las heridas hasta la identificación del muerto, todo estaba recogido allí. Y no faltaba el detalle de que la denuncia del caso la había hecho Miriam:

Una muchacha a la que... ¡la sangre del muerto cayó sobre el parabrisas del coche...!

Otra vez sentí aquel frío extraño, en el fondo de los huesos.

Otra vez me pareció estar en una ciudad que no existía, una ciudad llena de niebla, de fantasmas y de cosas que nunca serían verdad.

Si la policía había manifestado a Miriam que no daría ningún detalle a la Prensa, ¿cómo sabía Adams tantas cosas? Claro que eso podía explicarse si él tenía algún informante confidencial entre los de la Brigada de Homicidios. Muchos periodistas los tienen. Pero si Miriam no había explicado que unas gotas de sangre cayeron sobre el parabrisas del coche, ¿cómo infiernos podía saberlo, él?

Una fría sensación de horror me acometió.

Sospeché que Miriam me hubiera ocultado algo.

Que no fuera verdad lo que ella dijo que había contado a la policía.

Pero, sobre todo, me dominaba aquella sensación de lo inexplicable, aquella sensación de que yo era mi propio fantasma, de que me movía en un mundo desconocido donde nada cuadraba con nada.

Leí el relato del segundo crimen.

Éste aún me afectaba más. Bueno, nos afectaba a los dos, a Miriam y a mi puesto que nos habíamos encontrado con el horror ante nuestros ojos.

La segunda información daba con precisión absoluta todos los datos del hotel. Indicaba el nombre de la víctima. Señalaba las circunstancias en que había sido hallada. No faltaba ningún detalle, nada absolutamente, como si Tony Adams hubiese estado viendo, con nuestros propios ojos, la mujer ahorcada. Incluso el detalle del

pañuelo rojo, que la mujer llevaba anudado al cuello. Si yo hubiese estado viendo de nuevo la siniestra escena que se nos presentó a través de la ventana, no hubiera podido describirla mejor.

Me pareció tan increíble, que no supe qué admirar más: si la fidelidad de Tony Adams a todos los detalles del relato o el modo asombroso como había logrado enterarse de ellos, modo que yo ignoraba aún.

El periódico se me cayó de las manos. Lo recogí.

Había que ver cómo tenía los nervios.

Volví al despacho y encontré a Miriam que ya se estaba vistiendo. La sensación de encontrarme ante una mujer distinta, una mujer desconocida, me asaltó, de pronto. ¿Qué sabía de ella, en realidad? ¿Qué había pasado durante los tres años en que no nos vimos?

Miriam pareció notar en mis ojos aquellos confusos pensamientos, porque preguntó en voz baja:

—¿Qué te pasa, John?

—Ya he sabido qué informaciones perseguía Adams.

—¿Cuáles eran?

—Mira.

Le dejé el periódico sobre el diván en que habíamos dormido, y ella lo abrió. Sus ojos se fueron desencajando poco a poco, al ir leyendo aquello.

Al terminar, su rostro tenía un color indefinible entre el amarillo y violeta. Un color que la hacía distinta, como si fuese una mujer desconocida.

—Pero, John... —musitó—, ¿cómo ha podido él saber todo esto?

—Eso es lo que me estoy preguntando desde que leí la primera línea. Y que me maten si logro averiguarlo alguna vez.

Bruscamente, volví la cabeza y añadí:

—¿Contaste a la policía lo de que la sangre nos había caído sobre el parabrisas del coche?

—No... Te juro que no.

—Pues entonces, ¿cómo pudo saberlo Tony Adams? ¿Quién pudo contárselo a él?

Miriam notó que sospechaba de ello. Podía ser absurdo, pero sospechaba de ella. Con voz tensa, preguntó:

—¿Y cómo sabe también lo del hotel? El pañuelo rojo de aquella

chica estuvo solo unos momentos en su cuello, luego cayó al patio. ¿Cómo sabe que ella lo llevaba? Ni que hubiera estado con nosotros, cuando vimos el cadáver. ¿Pero no te das cuenta...? ¡Todo esto es increíble! ¡Es absurdo! ¡Es tan irreal como una aventura del espacio! ¡El no estaba con nosotros! ¡Y, sin embargo, lo sabe! ¡Lo sabe como si hubiera estado dentro de nuestros propios ojos!

Se estremeció. Una sacudida en la garganta, rompió su voz. Yo noté que el terror asomaba a sus pupilas. Noté que el terror la envolvía.

¿He de avergonzarme, si digo que yo tuve la misma sensación?

¿La sensación de que algo increíble, algo venido del otro mundo nos rodeaba?

¿La sensación de que el cerebro de Adams estaba en nuestro cerebro, como en algunas misteriosas aventuras del espacio?

Oí el crujido de mis nudillos como una cosa extraña.

Tuve que hacerme daño en los dedos, pero no lo noté. Todos mis nervios vibraban, a pesar de lo cual estaba sumido en una especie de anestesia.

—Miriam —susurré.

—¿No me crees? —preguntó, en un gemido—. ¿Crees que yo he podido ser capaz de engañarte?

Negué con la cabeza.

—No, Miriam —dije— estoy seguro de que tú me has contado la verdad.

—¿Pues entonces qué explicación tiene esto?

—Una —musité—. Y muy clara.

—¿Cuál?

Yo casi no me atrevía a decirlo.

Hube de hacer un violento esfuerzo, para susurrar:

—Los ha matado él.

—¿Qué..., qué locura estás diciendo?

—Sí. Ha tenido que ser él, Tony Adams.

—Pero... ¿pero por qué?

—Eso sería difícil de contestar, si nos encontráramos ante una persona normal —dije— pero Adams no lo es. Adams es el hombre que vio morir salvajemente a su esposa. Adams es el hombre que no cree en la justicia, no cree en la ley, no cree en nada. Por lo tanto, tampoco cree en la importancia del crimen. Y en su mente

trastornada ha quedado un solo valor, una sola cosa por la que valga la pena arriesgarse: la fama. Ha dedicado la vida a su profesión y por su profesión, es capaz de cualquier cosa. A cambio de la mejor exclusiva de los últimos diez años, él ha cometido dos crímenes que de otro modo no tendrían sentido. Por eso lo ha hecho. ¿Quién iba a saber de los crímenes más que él?

Noté que Miriam se estremecía.

Su palidez era casi mortuoria.

—No sabes lo que dices —musitó.

—Por desgracia sí que lo sé, Miriam. Lo siento, porque Adams se comportó como un amigo. Pero es el único punto lógico al que me puedo agarrar y voy a agarrarme a él. Es necesario decir a la policía todo lo que sabemos. De otro modo aún acabarán deteniéndote a ti.

Miriam estaba hundida.

Pero decidió acompañarme a la sede de la Brigada de Homicidios. Queríamos hablar con el propio jefe de la misma. Queríamos contarle toda la verdad, sin acusar a Adams, y que luego sacara él sus propias conclusiones.

Cuando salimos a la calle nos pareció estar atravesando un mundo donde nada era realidad. Nos pareció estar atravesando densas murallas de niebla.

CAPÍTULO XV

NUNCA LO IMAGINE, MIRIAM

Cuando llegamos a la Brigada de Homicidios, nos ocurrió una de esas cosas que suelen ocurrir en los lugares demasiado grandes. Una de esas confusiones insignificantes, pero que, a veces, hacen cambiar el destino de una persona, como por ejemplo el que le den a uno los papeles de otro. Cuando dije al sargento portero que quería hablarle de algo relativo a la información que aquella mañana publicaba Tony Adams, me escuchó con enorme atención y me hizo pasar en seguida al despacho del oficial de guardia. Tanta rapidez en una policía que, por lo general, suele ser indolente, debió extrañarme un poco.

El oficial de guardia apenas me escuchó. Dijo en seguida:

—¿Tony Adams? ¿Le conocía usted bien?

—Bien no, pero había hablado con él algunas veces. Verá...

—Creo que ustedes dos pueden ayudarme —me atajó rápidamente—. Vengan.

Parecía tener mucha prisa, por alguna razón que a mí se me escapaba aún. Realmente no me dejó ni hablar. Nos hizo un gesto y nos precedió a lo largo de un extenso pasillo en el que docenas de puertas se abrían y cerraban, casi simultáneamente. También me pareció seguir en un mundo irreal, un mundo donde cualquier cosa —la más increíble— podía suceder.

Y sucedió la cosa más increíble.

Nos introdujeron en una pequeña sala blanca que servía, al parecer, para identificaciones y para autopsias.

—Aquí lo tienen —dijo, con extraña suavidad—. Aquí tienen el cadáver de Tony Adams.

En aquel momento, me pareció que mis piernas eran de algodón; me pareció que iban a ceder y que caería inevitablemente al suelo, junto a aquello que estaba en la mesa de autopsias. Porque creo que jamás había visto una cosa igual.

Miriam lanzó un ronco gemido. Creo recordar que tuve la suficiente serenidad para volverme y hacerle salir de allí. Luego el oficial me empujó suavemente hacia la mesa.

—¿Lo reconoce?

Era la cara de Tony Adams, de eso no cabía duda. Puede decirse que era la única cosa que se conservaba relativamente bien. Pero sólo la cara, porque la parte posterior de la cabeza casi no existía. Y del resto del cuerpo, ¿qué puedo decir? Lo que habían sido vísceras eran apenas piezas irreconocibles que un coyote hubiera despreciado; el esqueleto estaba en parte al descubierto, pero algunos huesos no existían. Yo había visto en el Vietnam algunas personas así y sabía lo que eso significaba. Mi experiencia me sirvió de bien poco, porque, con un gesto de angustia, tuve que cerrar los ojos. El oficial insistió:

—¿Lo reconoce?

—Sí —dije débilmente.

—En ese caso, gracias. Firmará la declaración. Ya he supuesto que venía para eso.

En realidad, yo había venido para otra cosa completamente distinta, pero ¿qué podía decir? ¿Qué podía pensar, incluso ante el cadáver salvajemente mutilado de Tony Adams?

—¿Cómo lo han matado? —susurré.

La pregunta era, en cierto modo, inútil, porque yo lo sabía.

El oficial musitó:

—Explosivos. Lo debieron atar y colocaron junto a él unas cuantas granadas de mano.

—¿Cuándo?

—Es imposible determinar la hora de la muerte —dijo el oficial —, dado el estado de total destrucción del cuerpo. Hay una serie de procesos normales de descomposición que nos sirven para determinar la fecha o la hora de la muerte, pero aquí nada de eso nos sirve. No hay sangre en las venas, no hay, prácticamente vísceras enteras. Los propios globos oculares han estallado. Por los procedimientos normales sería imposible determinar la hora de la

muerte, pero se ha producido una circunstancia que no nos permite engañarnos: anoche, Tony Adams aún estaba trabajando. Su último artículo se ha publicado esta mañana en el *Washington Post*. Por lo tanto, hemos de suponer que la muerte se ha producido a primeras horas de esta madrugada, aproximadamente.

Yo tenía las facciones contraídas en una salvaje mueca. Descubrí, de pronto, lo mucho que me dolía aquel nauseabundo crimen; descubrí que había llegado a apreciar a Tony Adams, el hombre que me ayudó; descubrí que los datos técnicos que me daba el oficial, me importaban menos que una rata muerta.

Lo único que ansiaba, era ver cazado al asesino. Verle pagar sus culpas después de su cochino trabajo.

—Müller lo ha matado —dije, roncamente—. Müller ha sido. Cumplan ustedes con su obligación de perros de presa, ya que no son otra cosa: acorrálenlo, muérdanle allí donde más le duela. Llévelo a una buena jaula, mientras alguien decide que se le emplee para adornar una cuerda.

—¿Müller? —susurró el oficial.

—¿Es que lo duda? —pregunté, volviéndome violentamente—. Tony Adams tenía un testigo para hundir a ese hombre y su sucia cuadrilla. Sólo Tony Adams sabía dónde estaba el testigo y, por lo tanto, sólo él podía llamarlo. Ahora no lo llamará, ¿comprende? Ahora Müller se ha librado de Adams y puede respirar tranquilo. ¿Qué pruebas necesitan, más? ¿Por qué no kan cazado ya a ese buitre?

El oficial me ofreció un cigarrillo.

Creo recordar que lo escupí.

Pero él debió comprender lo que me pasaba, porque dijo, con expresión tranquilizadora:

—No crea que somos tontos. Naturalmente que hemos pensado en Müller. Y hemos volado a detenerle.

—¿Y no lo han conseguido?

—No, porque él no ha sido.

—¿Que no..., no ha sido él?

—No. Y crea que hemos removido hasta el fondo de la tierra para poder enchironarle con garantías, pero ha sido inútil. El fiscal del distrito dice que no lo tendríamos más de dos horas entre rejas. Müller y los suyos tienen coartadas superperfectas. Estuvieron desde

las ocho de la tarde de ayer rodeados de gente, constantemente. Celebraban una gran fiesta. La fiesta ha terminado a las cinco de la madrugada, y durante ella ni Müller ni sus secuaces se han ausentado ni dos minutos. Ha sido absolutamente imposible que ellos movieran un dedo contra Adams.

—No sea idiota, oficial —dije, bruscamente—. Claro que ellos no lo han hecho de una forma directa. Pero han contratado asesinos, ¿no lo entiende?

—También hemos pensado en eso —siguió el otro con la mayor calma, sin ofenderse por mis palabras—. Quizá se sorprenda al saber que la policía no es tan inútil como usted cree. Hace ya tiempo que sabíamos que Müller ansiaba matar a Adams, lo cual efectuaría por medio de uno o varios asesinos pagados. Posiblemente, los reclutaría en el otro lado del país, para que cometieran el crimen en Washington, donde nadie les conociese. Muy bien. Eso nos llevó a movilizar a nuestros confidentes en los bajos fondos, como jamás los habíamos movilizado desde el ataque a Pearl Harbour. Todo asesino profesional con posibilidades de cometer un crimen bien hecho, fue vigilado, hasta a las horas de hacer *pipí*. Docenas de soplones nos dieron informes. Movilizamos chivatos hasta en Alaska. Tenemos la absoluta convicción de que si alguien hubiese cobrado un dólar, de parte de Müller, por matar a Adams, lo hubiéramos sabido. No, esta vez no ha sido Müller. Debe haber algo distinto, algo que ignoramos aún.

Tragué saliva penosamente.

Algo distinto...

¿Qué era lo que yo estaba pensando? ¿Qué era lo que pasó como un rayo por mi imaginación? ¿Qué era lo que no cuadraba?

Cerré de nuevo los ojos.

Mis propios pensamientos me daban vértigo.

Pero no podía ir ni un paso más allá. No veía nada con claridad, ni podía formular un solo juicio.

Sólo me parecía comprender *que algo no encajaba*.

Pero cuando salí de allí, no podía formular una sola frase. Y creo que igual le pasaba a Miriam. Salimos de allí casi arrastrando los pies como dos viejos, como nuestros propios fantasmas o nuestras propias sombras.

CAPÍTULO XVI

NO MIRE CON SUS OJOS

Nos fue difícil llegar hasta el centro de la ciudad, donde la gente se movía con nerviosismo, donde todo el mundo iba a lo suyo y nadie miraba a nadie. Parecía como si, de pronto, nos fallaran las fuerzas. De pronto nos encontramos, casi sin saber cómo, en un bar con licencia de alcohol donde pedimos dos combinados bien fuertes. No sé si fue eso lo que nos animó un poco; en todo caso, falta nos hacía.

Miriam susurró:

—¿Te das cuenta de que ha sido casi increíble que la policía no nos detuviera?

—¿Por qué?

—Por lo del hotel, deben estar buscando a una pareja que es justamente como nosotros dos. Y los dos nos hemos presentado como tórtolos, a la mismísima policía. Vamos, que ni pintado.

—Tienes razón —dije—, pero deben estar obsesionados por lo de la muerte de Adams. Será un verdadero escándalo nacional. Todos los periódicos se les echarán encima. Todos los otros crímenes, por lo tanto, les importan medio penique en comparación con ése. No han pensado en nada más.

—Lo lógico es que quisieran atrapar a Müller —susurró ella—, pero, al no poder hacerlo, deben estar desesperados. Y lo más sorprendente es que, por lo que acabas de decirme, Müller no acaba de ser culpable. No puede serlo.

Bebí de un trago lo que quedaba en mi copa.

Sentía que me abrasaba la garganta. Pero mis pensamientos seguían siendo tan confusos como antes, cuando dije:

—No puede haber sido Müller, ¿verdad? Tú dices eso y lo mismo

piensan todos. Pero hay algo que no cuadra. Algo que *no puede ser*.

—¿Qué?

—No lo sé —dije, pasándome una mano por la frente—. Y quizá sea una estupidez mía, después de todo. No lo sé... Pero quizá podamos averiguar algo en el *Washington Post*. Vamos.

Nos dispusimos a salir.

Miriam me detuvo.

—John...

—¿Qué?

—Vuelven a seguimos. Mira.

En efecto, el coche era distinto, pero los tipos no eran distintos. Los esbirros de Müller no habían abandonado su presa y seguían detrás nuestro. Pero eso me importaba, en un momento así, menos que un dólar en una alcantarilla.

—Vamos —dije, con indiferencia.

Y nos dirigimos al *Washington Post*.

Los del coche nos siguieron silenciosamente.

Vamos, que ni a un diplomático ruso lo vigilaban tan bien. Así daba gusto.

En el *Washington Post* se había producido la lógica consternación. Bastaba con ver las rápidas idas y venidas de la gente. Todo el mundo estaba en su puesto, incluso los que habían terminado la jornada unas horas más tarde y no habían dormido en toda la noche. El gran rotativo preparaba una serie de ediciones especiales, en las que sin duda pediría la cabeza del jefe de la policía, ya que resultaba poco elegante pedir que le cortaran otras cosas.

En el vestíbulo, había sido colocado un libro de firmas a disposición de las personas que quisieran testimoniar su pésame. Como Tony Adams había sido un hombre muy leído y muy admirado por su rectitud profesional, ya aguardaban numerosas personas para firmar en el libro. Nosotros nos unimos a ellas, pero después de firmar, pedí hablar con el ayudante de Adams; sin duda debía estar allí.

Un redactor con cara de sueño me recibió momentos después. En seguida reconocí su voz. Y él, la mía.

—Creo que hemos hablado por teléfono, alguna vez —dijo.

—Sí... Verá, yo he llamado continuamente a Adams a su casa y al periódico, sin encontrar ni rastro de él. Quisiera saber cómo envió esa información tan exacta. ¿No llamó antes? ¿No les hizo ninguna advertencia?

—Adams era un poco raro —me dijo el redactor, mientras paseaba por el despacho y se frotaba los ojos cargados de sueño—. Siempre tuvo sus métodos muy personales de trabajo, pero además, desde que ocurrió lo de su esposa, se convirtió en un hombre más solitario que nunca. A veces estaba dos y tres días sin aparecer por la redacción, pero siempre volvía con noticias importantes. Ése era su sistema de trabajo, ¿sabe? No debe extrañarnos nada lo de ayer.

—¿Pero tampoco solía ir a su casa cuando seguía alguna pista?

—No; tampoco. No dormía.

Debió comprender, por mi expresión, que con eso no me había aclarado nada, porque musitó, queriendo animarme:

—¿Le apetece un trago?

—No, gracias. Tal como estoy ahora, lo que menos me conviene es beber.

—No crea que es usted el único que ha estado preguntando inútilmente por Adams —susurró, mientras se servía una copa para él—. Un gestor que le arregla lo del permiso de conducir estuvo aquí todo el día. Decía que era muy urgente... Y ya ve. ¿Para qué puede necesitar Adams su permiso de conducir ahora, maldita sea? ¿Para guiar él mismo el coche que le llevará al cementerio?

El joven estaba desolado y a punto de estallar, no cabía duda. Pero yo apreté los labios un momento.

—Me había hablado de sus dificultades para el permiso de conducir —dije—. ¿Por qué esas dificultades? ¿Había causado algún incidente?

—No —susurró—. Padecía daltonismo: Y ahora perdónenme. Tengo que intervenir en el número especial que le dedicaremos a Adams.

Salimos de allí. Los tiburones de Müller nos esperaban, pero ni siquiera movieron una ceja al vernos. Se limitaron a seguir nuestro taxi hasta el despacho de mi amigo, en el que, prácticamente, yo vivía.

Estuve muy callado, mientras recorríamos Washington. Una especie de niebla envolvía mi cerebro y me impedía pensar, pero yo

sabía que detrás de aquella niebla HABÍA ALGO. No podía precisar qué era. Y de pronto, cuando volvíamos a estar solos en el despacho, fue cuando lo vi. De pronto, tuve que dar un violento puñetazo al aire, mientras decía con voz silbante:

—Miriam...

—¿Qué? ¿Por qué me miras con esos ojos?

—Porque creo que ya lo tengo... ¡Mejor dicho, lo sé! ¡Es el crimen perfecto que buscaban! ¡Claro! *¡Es el crimen perfecto!*

Ella me miró asustada, mientras pensaba que quizá yo no acababa de estar en mi juicio. Me sujetó las manos.

—¿Pero por qué el crimen perfecto? —balbució.

—Porque Müller tiene una coartada perfecta para la pasada noche. Pero Tony Adams no murió esta pasada noche, sino la anterior. Estaba ya muerto cuando yo lo buscaba inútilmente por todas partes.

—No puede ser, John... Tú ves las cosas mal. La policía lo ha dicho. Adams tenía que estar vivo antes de la madrugada, desde el momento en que escribió ese artículo.

—No lo escribió él.

—¿Qué... qué dices?

—Lo escribió alguien, imitando más o menos su estilo, pero no lo escribió él.

—John... ¡tú estás trastornado! ¿Por qué dices eso? ¿No crees que deberíamos salir de aquí y procurar que nos diera el aire, un poco?

—No —dije lentamente, con una siniestra serenidad—. No estoy equivocado. Esos crímenes los cometieron los propios hombres de Müller, sin ninguna razón aparente, sólo para que Adams se luciese luego con su reportaje. El y ningún otro periodista. Nadie podría tener tantos datos como tendría *Adams*, puesto que serían los propios asesinos los que escribirían el relato de los crímenes. Y así, todo el mundo creería que Tony Adams vivía la pasada madrugada, cuando, en realidad, el propio Müller lo había matado muchas horas antes.

—No puedes decir eso —susurró Miriam, aterrada—. No tienes ninguna prueba de que Adams no escribiera ese artículo.

—Sí que la tengo —dije—. Hasta ahora no me he dado cuenta, pero ya estoy seguro del todo. No lo escribió él.

—¿Por qué?

—Por el detalle del pañuelo rojo. El no podía saber de ninguna manera *que el pañuelo era rojo*. Los daltónicos nos distinguen ese color. Se les suele dar el permiso de conducir, en muchos casos, porque la luz roja siempre es la que está en la parte alta del semáforo y, por lo tanto, les basta verla encendida, aunque no distingan el color. Pero ahora estaban poniendo dificultades para la renovación de esos permisos de conducir, y de aquí el pequeño apuro en que se encontraba Adams. Ése es el detalle en que no cayó Müller, muchacha. El detalle que le hundirá. Voy a llamar a la policía.

Y me dispuse a descolgar el teléfono, pero ella me detuvo con un gesto, sujetando la horquilla.

—John...

Sus ojos parecían aterrados. Despedían una luz patética.

—John —insistió—, no van a creerte.

—Tienen que hacerlo. Esta vez buscan una prueba y yo se la daré. La tengo en mis manos. La prueba está en los mismos ojos del muerto.

—Creo que deberíamos hacer antes, otra cosa —bisbiseó Miriam.

—¿Qué?

—El testigo.

—¿Qué testigo? —musité, no recordando absolutamente nada.

—¡Por Dios! Calma tus pensamientos... A Tony Adams lo mataron para que no pudiese traer el testigo que tenía oculto. Y él ya no lo hará, pero nosotros podemos hacerlo.

Debemos hacerlo, antes de que sea demasiado tarde.

—Pero no sabemos dónde está el testigo —musité—. Y Tony Adams ya no lo dirá nunca...

Miriam me señaló el magnetófono, con un gesto.

—Viveca Donovan —musitó—. Sólo ella puede serlo. Una mujer que se enteraba de todo. Una mujer que le dio asombrosas noticias reales, sobre sucesos que la mismísima policía aún ha de descubrir. Tiene que ser Viveca Donovan... ¿Qué es lo último que sabemos de ella?

—Me lo dijeron en el *Washington Post* —musité, sintiendo que me estremecía—. Eres un águila, Miriam. Piensas con más rapidez

que nadie. Lo último que sabemos de Viveca Donovan es que la operaron de la garganta, en Boston.

—No debe haber demasiadas clínicas en Boston, donde puedan operar de la garganta a una mujer famosa como ella —dijo Miriam—. Vamos. Quizá antes de las cinco de la tarde no sólo podamos dar a la policía un relato de lo que tú sabes, sino el testigo que Adams guardaba. El trabajo completo.

No lo pensé ni un segundo más.

Miriam estaba en lo cierto.

Cada segundo, contaba...

Fuimos hacia el aeropuerto, como dos estudiantes que se escapan de casa. Cada segundo contaba. Y quizá por eso no nos dimos cuenta ninguno de los dos de que la muerte estaba a nuestra espalda.

CAPÍTULO XVII

¡ELLA TIENE QUE MORIR!

Pudimos tomar uno de los innumerables aviones que diariamente hacen el trayecto Washington-Boston y que forman entre las dos ciudades una especie de servicio de autobús. Una vez en Boston, barridos por un extraño viento gélido que llegaba desde el Canadá, fuimos al Colegio de Médicos. Allí nos informaron de cuáles eran las dos clínicas donde una persona podía ser operada, con más garantías, de una afección grave en la garganta. Había más, por supuesto, pero debíamos empezar por allí. De modo, que probamos suerte.

Por descontado, los dos sabíamos que Viveca Donovan ya no estaría en aquel lugar. Tenía que haber sido dada de alta forzosamente y quizá ahora estaría trabajando al otro lado del país, aunque últimamente no publicaba nada. Pero en la clínica tendrían una última dirección; tendrían datos que nos ayudarían a localizarla.

Probamos en la Clímax.

Nada.

Ninguna Viveca Donovan había ingresado allí, en los dos últimos años.

Probamos en la segunda, en la Wimbledon.

Y allí fue donde tuvimos una de las más brutales sorpresas de nuestra vida. Allí fue donde sentimos, otra vez, que todo vacilaba en tomo nuestro.

Donde tuvimos nuevamente la sensación de enfrentarnos a lo incomprensible, a las nieblas del abismo.

El director del establecimiento me recibió amablemente, al saber

que preguntaba por Viveca Donovan. Hizo sentar a Miriam en la mejor butaca y nos ofreció cigarrillos. Luego, ante mi pregunta, musitó:

—Pues sí... Viveca Donovan, la inteligente *free-lancer*[1], fue operada aquí. Lo que lamento es no poder darles detalles, por su expreso deseo. No puedo decirles nada más.

—Es importante —dije—. ¿No sabe dónde se encuentra? Seguro que si hablase con ella, cambiaría de opinión. ¿Dónde está, ahora?

Mi voz era casi angustiada. Necesitaba, a toda costa, encontrar al único testigo que podía vengar a Tony Adams. El médico me miró, como si yo fuese un ser de otro planeta. —¿No lo sabe?— balbució.

—¿Saber... qué?

—Pues... que Viveca Donovan murió... Murió a poco de ingresar aquí... No pudimos hacer nada por ella, ¿comprende? Tenía un cáncer en la garganta. *Murió sin recobrar el habla...*

Otra vez sentí que todo daba vueltas en torno mío. Otra vez me enfrenté a lo incomprensible, mientras musitaba:

—Pero si ella murió entonces... No es cierto que Adams tuviera un testigo...

—¿De qué testigo habla? —preguntó el médico.

—Usted no podría entenderme. Yo sé lo que digo —musité, sin fuerza—. Esto es terriblemente descorazonador... Viveca Donovan grabó aquella cinta, antes de morir, con sucesos que ella había descubierto sin dar parte a la policía. Pero no servía como testigo porque luego perdió el habla en la operación y murió... Por lo tanto Adams mintió... ¡No tenía ningún testigo! ¡*No lo tenía!*

Sentí que todo se derrumbaba en torno mío. Supe, en aquel momento, que no conseguiríamos nada, pues la declaración de Viveca hubiera sido indispensable para hundir a Müller.

Y no la teníamos. No la tendríamos nunca...

—Posiblemente, Adams quiso poner nervioso a Müller —musitó Miriam, buscando una exclamación—. Sí... Posiblemente mintió por eso.

Yo me puse en pie. Ya no sabía qué pensar.

Todo se hundía en torno mío, porque estaba seguro de que el simple detalle del pañuelo rojo no bastaría para hundir a Müller.

El médico, extrañado, me preguntó:

—¿Qué les pasa?

Fui a contestar, pero ya no pude. De repente, la puerta se abrió detrás nuestro. Dos hombres a los que yo conocía muy bien, pues nos habían seguido desde Washington, irrumpieron en el despacho. A aquellos sucios, a aquellos cochinos, a aquellos miserables torpedos de Müller se les marcaban de tal modo las pistolas en los bolsillos, que ya no tuve la menor duda de lo que habían venido a hacer allí.

Obraron sin contemplaciones.

Cerraron la puerta a su espalda y nos encañonaron, mientras uno de ellos gruñía, mirando al médico:

—Va usted a colaborar, matasanos. Trabajamos para alguien muy importante y a ese *alguien* no le va a importar que gastemos unas cuantas balas en obsequio de ustedes. Hemos seguido a estos dos pájaros durante mucho tiempo, para ver si nos conducían ante el testigo, y ahora sabemos que el testigo está aquí. O *ha estado*. Hemos oído las grabaciones de Viveca Donovan en el despacho donde vivían esos dos, de modo que no nos queda duda de que tiene que ser ella. ¿Dónde está? ¿Dónde podemos encontrarla *en seguida*? ¡Hable, o lo va a lamentar! ¡Hable ahora mismo, o le volaremos la tapa de los sesos!

Yo supe que no mentían.

Estaban dispuestos a disparar, pero no les dije que Viveca Donovan había muerto. No les dije que buscarían en vano, como había buscado yo. Al contrario, ciego de rabia fui a saltar. Fui a jugármelo todo a una carta que, de antemano, estaba perdida.

Pero tampoco tuve tiempo. En aquel momento, y por segunda vez en pocos instantes, la puerta se abrió bruscamente a nuestras espaldas. Tres policías armados con metralleta, entraron en el despacho. El oficial con quien yo había hablado en Washington, ante los restos de Adams, entró también con el revólver amartillado.

—¿Creías que no os seguíamos a vosotros también, Runtrop? —preguntó, dirigiéndose a uno de los asaltantes—. ¿Creías que no os veía nadie? Muy bien, muchachos... Soltad los petardos y poned vuestras lindas manitas en la pared, si no queréis que os regale una botonadura de sangre. Así... Muy bien... Y ahora, a ver quién demuestra que no trabajáis para Müller. A ver quién demuestra que no veníais a buscar a Viveca Donovan. Hemos oído perfectamente

cómo la llamabais, además, *el testigo*, y ese médico lo corroborará. Ello indica que Adams había dicho la verdad. Puesto que queráis matarla, ello prueba que sabía lo suficiente para enviar a vuestro jefe al infierno. Y ahora... ¡arreando! ¡Fuera! ¡Vosotros y Müller, vais a estar cantando durante dos semanas seguidas!...

Ni se acordaron de nosotros. Sacaron a los tiburones a culatazos, mientras el médico salía del despacho también, asombrado, queriendo poner un poco de orden en aquella clínica que se había vuelto, de repente, una casa de locos. Miriam y yo nos miramos como si no acabásemos de creer lo que estaba sucediendo.

—Han caído con todo el equipo —dijo Miriam, al fin—. Ellos nos seguían y la policía les seguía a ellos. La prueba de que querían matar a Viveca, está clarísima. La prueba de que lo hacían por cuenta de Müller, también. Eso indica, sin lugar a dudas, que Viveca sabía algo definitivo, o sea que Adams decía la verdad al afirmar que tenía un testigo. Cuando tú expliques lo del pañuelo rojo, ya no habrá quien les salve.

—Es curioso... —musité—. Adams sabía que Viveca Donovan estaba muerta, cuando dijo que tenía un testigo. Las cintas grabadas con hechos *reales*, indicaban a cualquiera que Viveca seguía viviendo. Bastaba con poner esas cintas, de algún modo, al alcance de los hombres de Müller para que Müller cayese en la trampa, buscando a la testigo. Pero la testigo no existía. Ellos mismos se han condenado, al querer matar a una muerta.

—O sea que Müller dio con el crimen perfecto fingiendo que Adams vivía, cuando ya estaba muerto —dijo Miriam, con los labios temblorosos—. Nunca pudo imaginar que Adams jugaba la misma carta: Hacer aparecer como viva una persona que ya no existía.

—Lo cual nos lleva a dos conclusiones —dije, mientras sacaba tiernamente a Miriam, de allí—. La primera, que Müller está perdido.

—¿Y la segunda?...

—Que uno no se puede fiar nunca de la hora en que la gente se muere. No le preguntes jamás la hora a un muerto. Miriam. Es un buen consejo.

Y salimos, enlazados por la cintura, por la puerta que ya volvía a estar libre. En la calle, un negro con aspecto abatido, nos preguntó:

—¡Oigan! ¿Qué hora es? ¡Quiero saber cuánto retraso lleva el

autobús, para hacer una denuncia! ¡Llevo toda la tarde esperándolo!
¡Díganme la hora, por favor! *¡Estoy muerto!...*

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Free-Lancer es el reportero que trabaja libremente, sin sujeción a ningún periódico, y que consigue reportajes libremente, los cuales vende luego según le conviene, al que le paga mejor. (N. del E.).

< <